La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 13 de enero de 1908 — Núm. 1.359

ANDALUZA, cuadro de Francisco de Goya

Texto.— *Crónicas fugaces. De Navidad á Reyes*, por Miguel S. Oliver. – *Goya juzgado por un eminente crítico alemán.* – *Galería de los Uffizi de Florencia. Colección de auto-retratos de artistas célebres.* – *Una carrera de automóviles en Egipto.* – *De Marruecos.* – *Estatua ecuestre de Napoleón III.* – *M. Guyot Dessaigne.* – *Miscelánea.* – *Alegre*, novela de G. M. Zuviría, ilustraciones de Cutanda. – *Problema de ajedrez.* – *Barcelona. Exposición artístico industrial del Ateneo Obrero. Exposición de auto-retratos del Círculo Artístico.* – *Londres. El proceso Druce Portland.* – *San Gervasio (Barcelona). Inauguración del asilo para niños «Casal d' Infans.»*

Grabados.— *Andaluza.* – *Retrato de Goya*, pintado por él mismo. – *Retrato del embajador Guillemardet.* – *Una corrida de toros.* – *Fragmento de uno de los frescos de San Antonio de la Florida.* – *La maja vestida*, obras de Francisco de Goya. – *Galería de los Uffizi de Florencia. Colección de auto retratos de artistas célebres.* – *Egipto. Carreras de automóviles efectuadas en el hipódromo de Mena House, cerca del Cairo.* – *La kasbah de los Medinas.* – *Campaña contra los beni-snassen.* – *El general Amade*, nuevo jefe de las tropas francesas de Casablanca. – *Adoración*, cuadro de J. Jungwirth, grabado por Bong. – *Estatua ecuestre de Napoleón III.* – *M. Guyot Dessiagne*, retrato. – *Monumento á Carlos Larios*, en Málaga. – *Barcelona. Exposición artístico-industrial. Exposición de auto-retratos de artistas españoles.* – *Inauguración del «Casal d' Infants».* – *Londres. El pleito Portland-Druce.*

CRÓNICAS FUGACES

DE NAVIDAD Á REYES

Pudo creerse algún tiempo que el primer resultado de la asombrosa actividad científica á que asistimos, consistiría en desterrar del mundo, para siempre, á esa divina hechicera que llamamos Ilusión ó Poesía, entronizando en su lugar á la Exactitud. Ciertos «espíritus fuertes», tomando lo peor del positivismo, se refocilaban profetizando el advenimiento de una época implacable contra toda superstición, contra todo ensueño, contra toda interpretación imaginativa del augusto misterio que rueda, en lo alto, sobre nuestras cabezas. A título de progreso y modernidad anunciaban una era de rigor matemático, en la cual cada cosa tendría su expresión fija y nada quedaría flotando en las penumbras é indecisiones de lo ignorado ó de lo incognoscible. Parecía que iba á sobrevenir una edad ó civilización de prosaismo absoluto, sin más poetas ni sacerdotes que los «sacerdotes de la ciencia,» irreconciliable con el sentimiento de lo maravilloso y sobrenatural, regida por ingenieros y catedráticos de la sección de Exactas, físicas y naturales, del respectivo Instituto, con arreglo á una pedagogía seca, inflexible, capaz de formar una niñez racionalista y técnica que, al pedir su merienda por las tardes, lo hiciese en términos de completa precisión: «Un panecillo elipsoidal y un paralelepípedo rectángulo de queso...»

Cual fuese el porvenir del arte, dentro de semejante concepción, no hay que decirlo. La forma métrica, la poesía y aun toda la literatura, estaban destinadas á desaparecer. Para aquellos reformadores pseudo-científicos, amamantados á los pechos de Cabanís ó de Draper, el arte no venía á ser más que conseja despreciable y como una supervivencia del goticismo. De gran predicamento gozaba entonces cierta anécdota que solía ser citada muy á menudo. Tratábase de aquel matemático que, después de la representación de un drama famoso á la cual asistiera por sugestión de sus amigos, preguntó fastidiado: «Bien, ¿y esto qué prueba?» Seguramente el lector que se acerque á los cuarenta años conservará alguna reminiscencia personal de semejante período y recordará aquella ideología estrecha, engendrada en las escuelas politécnicas y en las salas de disección, bajo cuya influencia pudo escribir Bartrina todo lo del saco lacrimal, de las proporciones entre la albumina y la fibrina y demás lindezas que tanto solían conmover á los materialistas de antaño.

Ello está, por fortuna, muy lejos de nosotros. A medida que la gran ciencia, que la alta investigación —no esa otra ciencia de manual y formulario de bolsillo—avanza sobre lo ignoto y descubre más sorprendentes y maravillosos principios, ábrense también á los ojos del espíritu más vastas é inmensas perspectivas del *ignorabimus* eterno. No. Cada día es menos prosaica la ciencia. Ese prosaismo era, en el fondo, falta de un verdadero sentido científico, estrechez de alma, materialización y grosería de la inteligencia. En la misma esfera de la ciencia recreativa y novelesca se ha pasado desde los maquinistas, exploradores y mineros de Julio Verne al mundo fantástico y trascendente de Wells. Aquella ráfaga de materialismo glacial, no ha conseguido marchitar la lozanía del mundo ni despojar á la humanidad de sus flores perennes de ilusión y encanto poético. ¿Qué serían para el matemático del cuento, qué probarían al árido espectador del drama de Shakespeare esas fechas que acaban de conmemorar todos los hogares como las conmemoran hace bastante más de diez siglos?

¡Navidad, Reyes! Tienen estos nombres y estas fechas un poder de evocación extraordinario y se diría que á su influjo una corriente vibratoria conmueve, sobre el viejo planeta, el corazón de la humanidad. Una divina historia, que es al mismo tiempo un divino poema, descendió á nuestro mundo, sublime en su sencillez, en su pobreza, en su ternura. Torrentes de soberana consolación, cataratas de luz magnífica derramó aquella Noche de las noches, sobre todas las estirpes y generaciones, hasta la consumación de los siglos. Abrióse para el mundo el raudal de la esperanza; y desde entonces, cada raza y cada pueblo ha querido celebrar é interpretar á su modo ese advenimiento de la paz sobre la tierra y esa gloria del Señor en las alturas. El hechizo de semejante conmemoración está en que, por unos días, por unas horas si se quiere, restituye á la humanidad cansada el ensueño de la niñez y le devuelve la visión poética. ¡Oh, sí! La palabra *fiesta*, el concepto de la fiesta, contienen en sí mismos una distinción y como un atributo de la dignidad racional del hombre. Sólo el hombre hace fiesta en el mundo; sólo el hombre suspende su trabajo y medita entre las dos inmensidades del tiempo que fué y del tiempo que ha de ser. Mientras tanto la naturaleza prosigue su obra: la simiente estalla en el surco, el fruto madura, la abeja liba en los vergeles, la araña extiende su tela y el astro corre por las inmensidades siderales.

En medio de esta impasividad del orden cósmico, nunca rota ni suspendida, sólo nuestro linaje hace un alto, deja su herramienta en el rincón y enciende en su hogar el fuego de las grandes celebraciones familiares y humanas. Recibe entonces la visita de la suprema consolatriz, de la Ilusión benéfica, del alma Poesía. Vivir en estado poético es, para los pueblos, mucho más que tener una gran poesía literaria, escrita, editorial: es conservar su poder de creación y de transformación y ser susceptible de las únicas felicidades y venturas que puede dispensar la vida terrena. ¿Qué poesía más ingenua que esa de los *nacimientos*, siempre la misma y en todas partes diferente, con sus anacronismos candorosos, con su simplicidad primitiva y trecentista, con sus zagales vestidos á la moda de cada país y sus zampoñas, rabeles é instrumentos adecuados á la costumbre de cada comarca? El sentimiento religioso se combina y funde con el sentimiento de la naturaleza y la imaginación popular se esfuerza en el aprovechamiento y poetización de los rasgos pintorescos y de los paisajes que tiene á la vista, dando en todos lados un trasunto de la propia comarca natal, como queriéndola ennoblecer con la escena sublime de la Natividad.

Hay, sin duda, temperamentos áridos que no transigen con esas amables y piadosas ficciones y que hacen de la seriedad una profesión austera é incorruptible. Pero yo declaro mi arrobo infantil y la delicia con que discurro por las ferias de nacimientos y pastores de los días de Navidad, instaladas en las plazas vetustas, junto al atrio de las iglesias venerables, cuyas gárgolas, cabeza abajo, contemplan los diminutos panoramas extendidos sobre mesillas y tenderetes. Veo allí una revelación del alma del pueblo en lo que tiene de más elemental, en lo que se confunde con el alma del niño. Todo aquello responde á una poetización viva de la naturaleza y á un sentimiento candoroso y sin doblez. Aquel arte tosco, casi siempre inhábil, primitivo y exento de malicia, acaba por evocar en nosotros reminiscencias y emociones dormidas y se resuelve no pocas veces en el mismo encanto de los romances viejos y de las canciones y melodías populares: encanto y emoción que descienden de remotos siglos y refrescan el alma como el agua del manantial que desciende de las cumbres nevadas; poesía de *ex voto*, interpretación primera y balbuciente de la leyenda y del paisaje.

En los pequeños ejércitos alineados de zagales y leñadores, de pastoras, hiladoras ó lavanderas junto al río; en las montañas de corcho, esmaltadas de musgo; en las masías, molinos, puentes rústicos, chozas y ruinas, vive un recuerdo de cuanto hiere la imaginación popular y se observa un trasunto de todo lo que forma su mundo poético y su visión artística primaria. Es lo que ha sorprendido al obscuro artesano en sus expediciones dominicales, lo que tuvo á la vista en su infancia, la casita edificada sobre el cerro, la pequeña cascada, la vieja noria, el recodo del camino, aquel conjunto de episodios pintorescos, idílicos ó graciosos que constituyen para él la emoción campestre y que trata de reproducir y compendiar en el corto espacio de un belen como suma de lo que, para los humildes, tiene de más grato la creación.

Y si de esta exposición de expresivas trivialidades paso á un bazar moderno de juguetes mecánicos y brillantes, de banderolas y tambores, de tranvías con cuerda y transatlánticos con humo de algodón, la impresión de prosaismo es inmediata y completa. Porque casi todo el juguete moderno carece de gracia ideal, está vacío de sentimiento y de poder de alucinación, y si excita la curiosidad, no mueve la fantasía ni conserva aquel perfume virginal de la madrugada del mundo. La misma impresión experimento si voy al casino ó á la casa elegante y hallo sobre la mesa de lectura ó sobre los lujosos veladores esos almanaques y números de *Noel* ó *Christmas*, prodigiosamente editados y primorosamente compuestos con todos los recursos de la habilidad literaria y pictórica. Uno admira el primor, la riqueza, el gusto; pero echa de menos la emoción viva, ó cuando la encuentra, debe reconocer que es aprovechamiento erudito y estudiado de esas otras fuentes de ingenuidad y tradición viva, que hacen todavía del pueblo un depositario insubstituíble de mil tesoros aprovechables para la más sublime inspiración y á los cuales tiene que volver de vez en cuando para rejuvenecerse y cobrar salud, el arte docto y frío de las academias y los cenáculos.

¿Qué leyenda ni qué primor de fantasía comparable á esa visión de la caravana de los Reyes Magos, viniendo de tierras inciertas, con todo el prestigio de los dones y perfumes del Oriente, sobre los dromedarios hieráticos y solemnes, cruzando la noche al resplandor de una estrella y en un silencio que tiene absortos á los siglos, desfilando ora entre palmeras arábicas, ora sobre estepas de desolación y sacudiendo de sus coronas rutilantes y de sus mantos de púrpura los copos de la nieve que cae y cae sobre el mundo como un pañal de suprema candidez é inocencia? En su visita al niño Dios y al establo de Belén de Judea la humanidad ha reconocido la visita á la niñez y al desamparo de todas las épocas y lugares. Este sentimiento purísimo, intenso y elemental ha unido á los hombres más distantes y á los tiempos más apartados; á los ingenios más rústicos y á las inteligencias más esplendorosas, cultivadas y selectas. Pertenece á aquella categoría de asuntos para los cuales el linaje humano conserva su prístima unidad y que circulan por el arte de todos los siglos, desde las pastorelas, serranas y autos que florecen como aurora ó primer balbuceo de los idiomas modernos, hasta las páginas calientes y generosas de un Dickens.

Sí. En estas noches uno siente el placer inefable de recordar y hasta de revivir su propia niñez. Junto al fuego enroscado á los tizones, bajo la ancha campana del hogar campesino ó en las estancias espléndidamente iluminadas de los palacios, allá en las grandes urbes que reverberan con aureolas de claridad y de incendio, la familia se congrega y parece escuchar, fuera, el tumulto de los pastores y adorantes de todos los tiempos, de todas las razas humanas, de todas las lenguas, de todos los trajes y vestiduras, y el sonar de todos los caramillos, y el júbilo de todas las gentes y el volar de todos los coros de ángeles y arcángeles, querubines y serafines, potestades, tronos y dominaciones; y el paso de las fantásticas cabalgatas nocturnas de los Reyes de Oriente; y el perfume de todos los dones y presentes de la naturaleza: la miel y la leche, los dátiles y el vino, el incienso y la mirra... Y parece que todo vibra y zumba en el espacio, que todo él se anima y puebla de encanto pastoral, como si se levantara de la tierra hacia los cielos la formidable resonancia de un supremo villancico, de un triunfante *hosanna*, entonado y contestado de nación á nación y de continente á continente, por el *mujick* en su estepa, por el danés en su *fjord*, por el *higlander* de Escocia en su cabaña, por el emigrante en su lejana factoría, por el marino en incierta latitud de los mares, y por la tierra toda estremecida y presa de delicias inefables.

Tal es el poder de sugestión de esas preciosas baratijas que llamamos un *nacimiento*, un *árbol* de Reyes. Al matemático del cuento nada le dirán porque no prueban nada. Es decir, ¡no prueban nada! Prueban que el hombre, que la humanidad, es todavía bastante joven y trae sobre su frente, como crisma sagrado, un poco del rocío de su aurora. Para que no se seque gusta de renovarlo en esas noches augustas de comunicación entre lo temporal y lo eterno, de coloquio entre la tierra y el infinito, entre la naturaleza y el alma, entre lo natural y lo sobrenatural y maravilloso.

MIGUEL S. OLIVER.

GOYA JUZGADO POR UN EMINENTE CRÍTICO ALEMAN

Una de las más importantes revistas de arte de Alemania ha dedicado recientemente un número á la obra del eximio pintor aragonés, publicando con

Retrato de Goya, pintado por él mismo

este motivo un notabilísimo artículo del eminente crítico Max von Boehn, del cual copiaremos algunos párrafos para que se vea hasta qué punto se admira en aquella nación á una de nuestras más grandes y legítimas glorias artísticas.

«Lo que siempre cautivará en Goya es el temperamento apasionado, indomable que sus creaciones revelan, y su incesante lucha con los problemas que plantea al pintor la reproducción de la luz, del aire y del movimiento, le coloca en la primera fila de los modernos. Cuando Goya era un adolescente, privaba el pesado eclecticismo de un Mengs, y cuando fué hombre, artistas y críticos rendían culto al árido clasicismo de un David; Goya, apartándose de la «naturaleza ennoblecida y refinada» del primero y de las concepciones sin sangre del segundo, penetró en la vida y en la realidad, para descubrir en lo que cerca tenía bellezas y encantos que los académicos buscaban con sus fórmulas y recetas rancias. Y cada pincelada suya, cada trazo de su buril fué una contradicción con lo que su época consideraba bello. En oposición á aquellos dos artistas, Goya fué un genio...

»La pasión con que se aferra á los más difíciles problemas, el afán incansable por dominar todas las bellezas de la luz eternamente cambiante y por descubrir las leyes del movimiento para fijarlas en lo inmoto, esa ansia de nuevo Fausto por descifrar los misterios de la vida, comunican á la obra de Goya una nota individual tan vigorosa, una fuerza tan sugestionadora, que el que una vez ha trabado conocimiento con esa personalidad ya no se aparta más de ella, y en cada cuadro, en cada dibujo suyo oye la profesión de fe de un espíritu que lucha por la verdad...

»Goya es el profeta que en una época del amaneramiento del arte señaló el camino de la salvación que desde el desierto del clasicismo petrificado y sin vida conducía á la tierra de promisión de la vida y de la realidad, desde la actualidad al porvenir. Su dibujo, su color, todo cuanto hizo es una protesta ardiente contra su tiempo. Es un realista implacable que rinde culto á la realidad con rudo fanatismo. La verdad de sus cuadros pone en evidencia la mentira del arte del compromiso de los académicos, y la fuerza é intensidad de sus colores, el convencionalismo del colorido de los demás...

»Goya fué un psicólogo de severidad inexorable y de un atrevimiento que da á muchos de sus retratos el carácter de pasquines; y así nos pinta al príncipe de la Paz con todas sus galas y condecoraciones, pero sin disimular lo más mínimo la nulidad de ese personaje...

Retrato del embajador Guillemardet, pintado por Goya

»Lo que Goya nos ha dejado es imperecedero de todos los tiempos, como el arte mismo.»

Una corrida de toros, cuadro de Goya

GALERÍA DE LOS UFFIZI DE FLORENCIA

COLECCIÓN DE AUTO-RETRATOS DE ARTISTAS CÉLEBRES

II

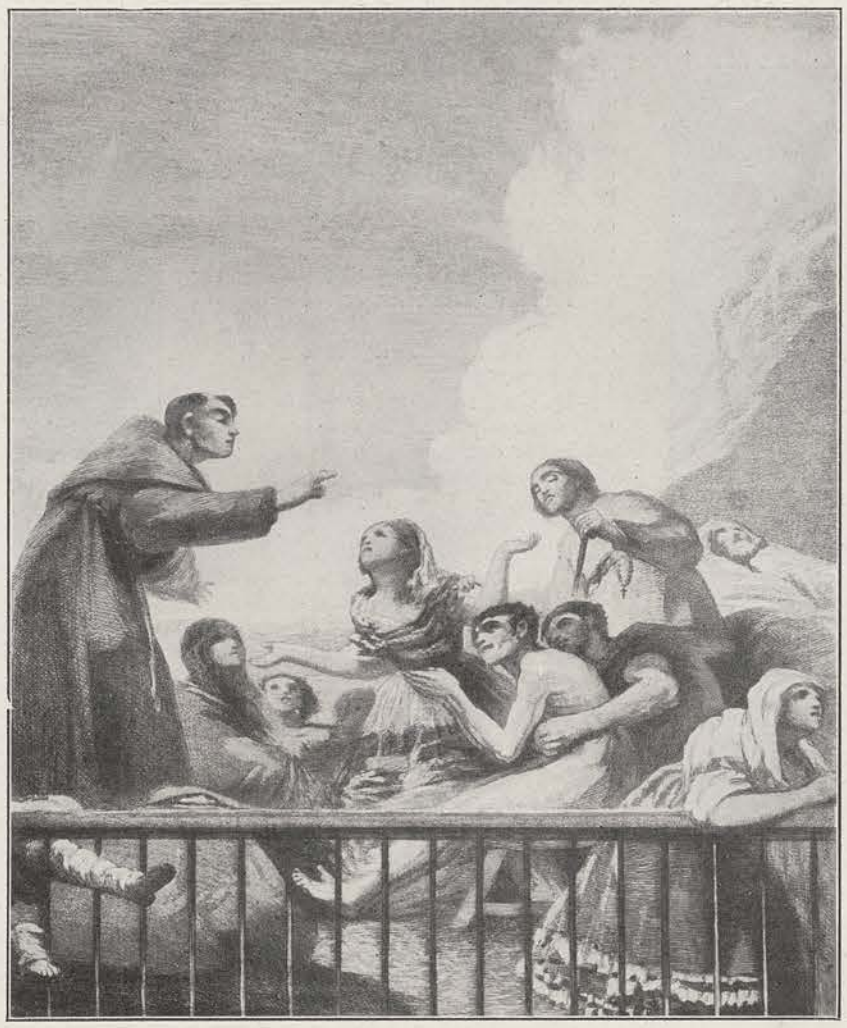
Miguel Angel Buonarroti.—Nació en el castillo de Coprese, cerca de Arezzo, en 1474. Fué pintor, escultor y arquitecto, así como excelente poeta y músico, habiéndose dedicado también al estudio de las ciencias y singularmente de la Anatomía. Recibió sus primeras enseñanzas del pintor florentino Ghirlandajo, dedicándose al poco tiempo al cultivo de la escultura, por la que sintió extraordinaria vocación. Entre sus magistrales obras descuellan la bóveda de la Capilla Sixtina, en cuyo testero figura el grandioso fresco representando el *Juicio Final*, los sepulcros de los Médicis en Florencia y el del papa Julio II. Dotado de extraordinaria energía y de superior inteligencia, dió muestra de ambas durante su vida, falleciendo en 1564, cuando dirigía las obras de la Basílica de San Pedro, en donde fué enterrado por disposición del papa, pero sus restos fueron substraídos secretamente por encargo del duque Cosme de Médicis, hallándose depositados en la iglesia de Santa Croce de Florencia, en un magnífico mausoleo dirigido por Vasari.

Ticiano Vecelio.—Nació en Capo del Cadore, en territorio veneciano, en 1477, de una familia de la antigua nobleza. Su compatriota Antonio Rossi fué su primer maestro, pasando después á los talleres de los celebrados hermanos Bellini. Considerósele como excelente colorista, conforme lo demuestra el considerable número de obras que produjo durante su larga existencia, mereciendo la protección de varios príncipes y monarcas, entre ellos el emperador Carlos V y su hijo Felipe II, los cuales le concedieron crecidas pensiones y le colmaron de honores. Para ellos pintó muchas obras, algunas de las cuales se conservan en el Museo de Madrid, entre ellas los retratos de *Carlos V* y *Felipe II, Venus y Adonis, Venus recreándose con el Amor y la Música*, etc., etc. Produjo algunos aguafuertes y se conservan un corto número de dibujos á la pluma. Murió en Venecia en 1576.

Jorge Barbarelli, llamado *el Giorgione.*—Nació en Castelfranco en 1478. Debió el apodo con que se le conoció á su gran estatura, gallarda presencia y á su valor. Fué también discípulo de Bellini y condiscípulo del Ticiano, y llegó á ser el artista querido de los venecianos, á quienes interesaba el pintor por sus méritos y por sus aventuras amorosas. Distinguióse por la firmeza de la pincelada y por el admirable modelado de las figuras, empleando sólo cuatro colores capitales para las encarnaciones. Murió en Venecia en 1511. Se le considera el fundador de la escuela veneciana.

Juan Antonio Bazzi.—Nació en Vercelli (Piamonte) en 1479. Apodósele el *Sodoma* y se distinguió en sus producciones por la suavidad del colorido y por el claroscuro. Produjo obras verdaderamente importantes en Siena, Luca, Pisa y Roma, en donde pintó una de las salas del Vaticano. Entre sus cuadros merecen citarse *Cristo azotado, La Sagrada Familia, La Visitación*, etc. Falleció en 1554 en el hospital de su pueblo.

Rafael Sancio.—Nació en Urbino en 1483. Huérfano en temprana edad, debió á su tío materno el necesario apoyo para dedicarse al cultivo del arte, suponiéndose que recibió las primeras enseñanzas de Signorelli y Viti, completándolas después en el estudio del *Perugino*. Visitó las ciudades de Milán y Florencia, frecuentando también la corte de Urbino, de cuyo duque mereció señaladas muestras de afecto y decidida protección. Los pontífices Julio II y León X le confiaron, entre otras obras, la construcción y decorado de las salas llamadas *loggia* del Vaticano, ya que también, al igual de Miguel Angel, fué arquitecto y aun escultor, por más que no se conservan obras de esta clase del eminente artista, aunque existen documentos que hacen referencia á alguna de ellas. Las principales Galerías y Museos de Europa se envanecen con la posesión de sus obras, y Roma conserva en el Vaticano el notable fresco titulado *La disputa del Sacramento, El incendio del Borgo* y otras no menos importantes. Saturado su espíritu del sentimiento de la belleza que informa el modo de ser del siglo en que vivió, fué el ídolo de sus contemporáneos. Tuvo amores con una hermosa romana, á la que inmortalizó, tomándola por modelo en muchas de sus obras. Su muerte, acaecida en Roma en 1520, fué hondamente sentida; sus restos descansan en el Panteón.



Fragmento de uno de los frescos de San Antonio de la Florida, obra de Goya

Juan Antonio Licinio.—Nació en Podernone (Friul) en 1484. Fué digno émulo de Ticiano y uno de los inteligentes representantes de la escuela veneciana, y se le conoció con los nombres de *el caballero Juan Antonio* y *el Podernone*. El emperador Carlos V dióle señaladas muestras de su simpatía, así como el duque de Ferrara y el patriciado de Venecia. Las obras de este celebrado pintor ofrecen mucha analogía con las del Giorgione: concebía con vigor y rapidez, obteniendo efectos admirables, sobresaliendo en la pintura de mujeres y niños. Entre sus más notables obras pueden citarse *Santa Catalina, San Sebastián, San Martín* y *La conversión de San Pablo*. Murió en Ferrara en 1540, supónese que envenenado por uno de sus rivales, en ocasión de hallarse pintando varios cartones para unos tapices en el palacio del duque Hércules II de Ferrara.

Dominico Paccio Beccafumi.—Nació en el territorio de Siena en 1484 y murió en 1549. Fué pastor en sus primeros años, y al observar sus aptitudes artísticas, el vicario de Siena Domenico Beccafumi le dispensó su protección, cuidando de que no se malograran sus felices disposiciones. Paccio demostró su agradecimiento adoptando el nombre de su protector. Dedicado por completo á la pintura, produjo obras notables, entre ellas un *San Sebastián*, que al igual de sus demás producciones, distínguese por lo atrevido del dibujo y por su agradable colorido.

Andrea del Sarto.—Con este nombre fué conocido el célebre pintor Andrés Vanucchi, que nació en Florencia en 1488 y murió en la misma ciudad en 1530, víctima de la peste, sin recursos y abandonado de su mujer y hasta de los médicos. Artista de grandes alientos, distinguióse por la elevación de su estilo, el vigor en la expresión y el carácter grandioso de sus composiciones, mereciendo la consideración de magnates y príncipes, incluso de Francisco I de Francia, considerándole Miguel Angel como émulo de Rafael. Perdidamente enamorado de Lucrecia del Fede, mujer de singular belleza, pero de malas condiciones, sirvióle ésta de modelo para casi todas sus *madonas*, pero por ella olvidó compromisos contraídos, llegando á carecer de recursos. Los primeros Museos de Europa poseen producciones notabilísimas del pintor florentino, y así como el del Louvre conserva, entre otras, *La Caridad* y una *Madona*, el del Prado se envanece con la posesión del retrato de Lucrecia, la mujer del artista, *La Virgen y el Niño Jesús, El sacrificio de Abraham*, etcétera.

La maja vestida, cuadro de Goya

Bartolomé Bandinelli.—Nació en Florencia en 1489 y murió en 1560. En sus primeros años dedicóse al estudio de la escultura en el taller de su padre, abandonando pronto esta profesión por la pintura, deseoso de igualar el mérito y fama alcanzados por Andrea del Sarto. Convencido de la inutilidad de sus esfuerzos y á pesar de considerársele como hábil dibujante, volvió á emprender sus trabajos escultóricos, creyendo competir con Miguel Angel y Cellini, á quienes imitó también con mal resultado, mereciendo, sin embargo, la protección del pontífice Clemente VII y de Cosme de Médicis. En Roma y Florencia consérvanse varias de sus obras, que bajo ningún concepto pueden compararse con las de los dos grandes artistas citados.—*Z.*

GALERIA de los UFFIZI. FLORENCIA

Auto-retratos de artistas célebres

Miguel Angel Buonarroti, italiano (1474-1564)

Ticiano Vecelio, italiano (1477-1576)

Giorgio Barbarelli, italiano (1478-1511)

Juan Antonio Bazzi, italiano (1479-1554)

Rafael Sanzio, italiano (1483-1520)

Juan Antonio Licinio, italiano (1484-1540)

Dominico Beccafumi, italiano (1484-1549)

Andrea del Sarto, italiano (1488-1530)

Bartolomé Bandinelli, italiano (1489-1559)

LÁMINA 2.ª—FOTOGRAFÍAS DE E. ALINARI, DE FLORENCIA. (Reproducción autorizada.)

Egipto.—Carreras automovilistas efectuadas en el hipódromo de Mena-House, cerca del Cairo
A la izquierda, la pirámide de Cheops, y á la derecha, la de Chefren. (De fotografía de Carlos Trampus.)

UNA CARRERA DE AUTOMÓVILES

EN EGIPTO

Ha sido realmente un espectáculo curioso el que el Automovil Club de Egipto, del que es presidente S. A. el príncipe Aziz Bajá Hassán, ha organizado hace pocos días en el grandioso paisaje del desierto, á la sombra, por decirlo así, de las Pirámides. Allí, en efecto, está situado el hipódromo del Mena-House, en donde se han efectuado unas interesantes carreras de automóviles.

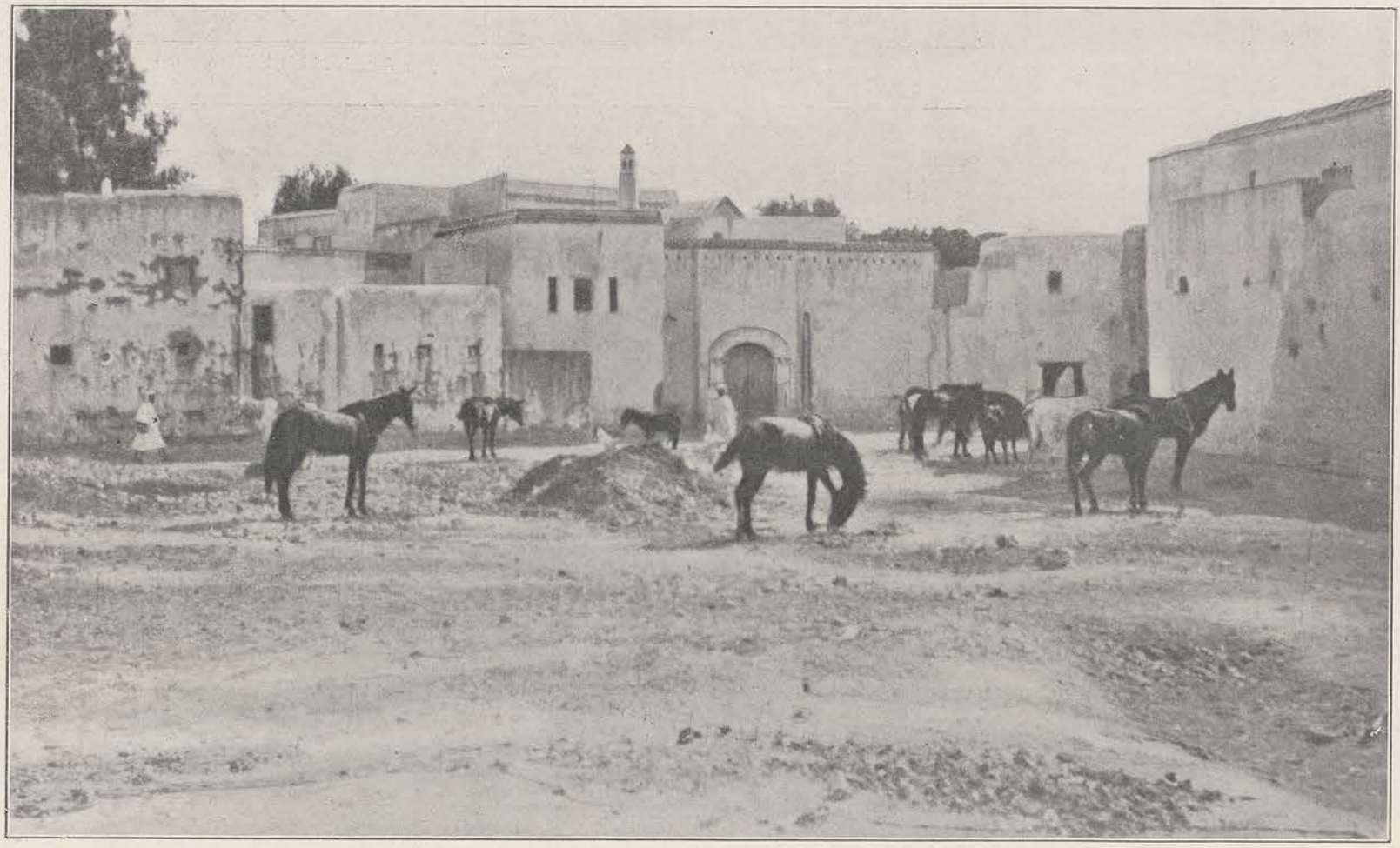
Esta fiesta deportiva, en la cual han tomado parte todas las notabilidades de las colonias europeas del Cairo, ha tenido el éxito más satisfactorio. Desde las primeras horas de la tarde, por la gran avenida de Guizeh al Mena-House desfilaron multitud de rápidos automóviles de todas las marcas que acudían al concurso.

En la primera prueba, llamada de las «flechas,» resultó vencedor M. Comanos, en un coche Cottereau; en la segunda, «de los bolos,» Alí Bey Fuad; en la tercera, M. Suares, en un Renault; y en la cuarta, «de la traslación de tarjetas,» que fué la más interesante, Mme. Moronow y M. Nungowitch.

Para esas carreras habían ofrecido premios los príncipes Aziz Bajá Hassán é Ibrahim Bajá Hassán, que asistieron á la fiesta, los príncipes Fuad, Hussein Bajá Wassef y Windischgraetz, y muchos personajes notables, entre ellos Jorge Bey Khayat, de Martino Bajá, los doctores Woronoff y Rubinowitsch, Iffet Bey, el mayor Haig, los capitanes Mac Murde y Davson y otros.

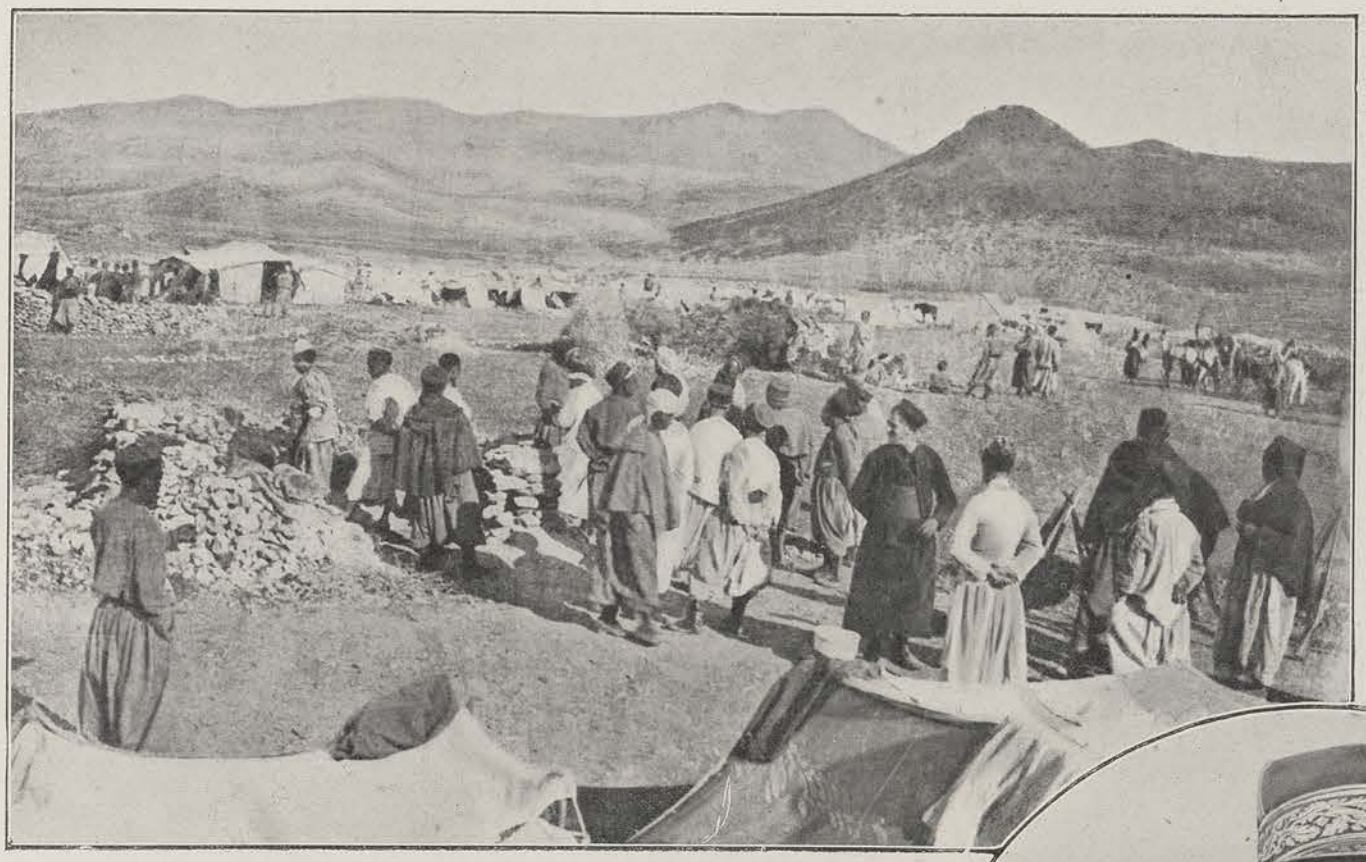
DE MARRUECOS

Los franceses, siguiendo su sistema de penetración, que nada tiene de pacífica, han realizado recientemente dos operaciones militares de verdadera importancia: la sumisión de la tribu de los benisnassen y la toma de la kasbah de los Mediunas.



Marruecos.—La kasbah de los Mediunas, tomada el 4 de este mes por las tropas francesas al mando del general Drude. (De fotografía.)

La primera, emprendida para castigar desmanes más ó menos provocados de aquella tribu levantisca, parece haber terminado con la ocupación de Martimprey, efectuada por las tropas francesas al mando del general Lyautey, después de haber atravesado la cordillera oriental de los Beni-Kaleb, que los indígenas consideraban infranqueable. La marcha de esas tropas fué una marcha triunfal, durante la que fueron rindiéndose sucesivamente las distintas tribus de aquel territorio, y que se ha visto coronada por la sumisión del célebre morabito Moktar Butchick, principal instigador de la rebelión, quien se presentó solemnemente al citado general, habiendo quedado en el campamento francés, en calidad de rehén, hasta que los rebeldes hayan pagado las contribuciones de guerra que les han sido impuestas.



Marruecos.—Campaña contra los beni-snassen en la frontera marroquí-argelina.—Campamento del 3.er regimiento de tiradores y de la legión extranjera. En el fondo la cordillera de los Kebdanas. (De fotografía de Carlos Trampus.)

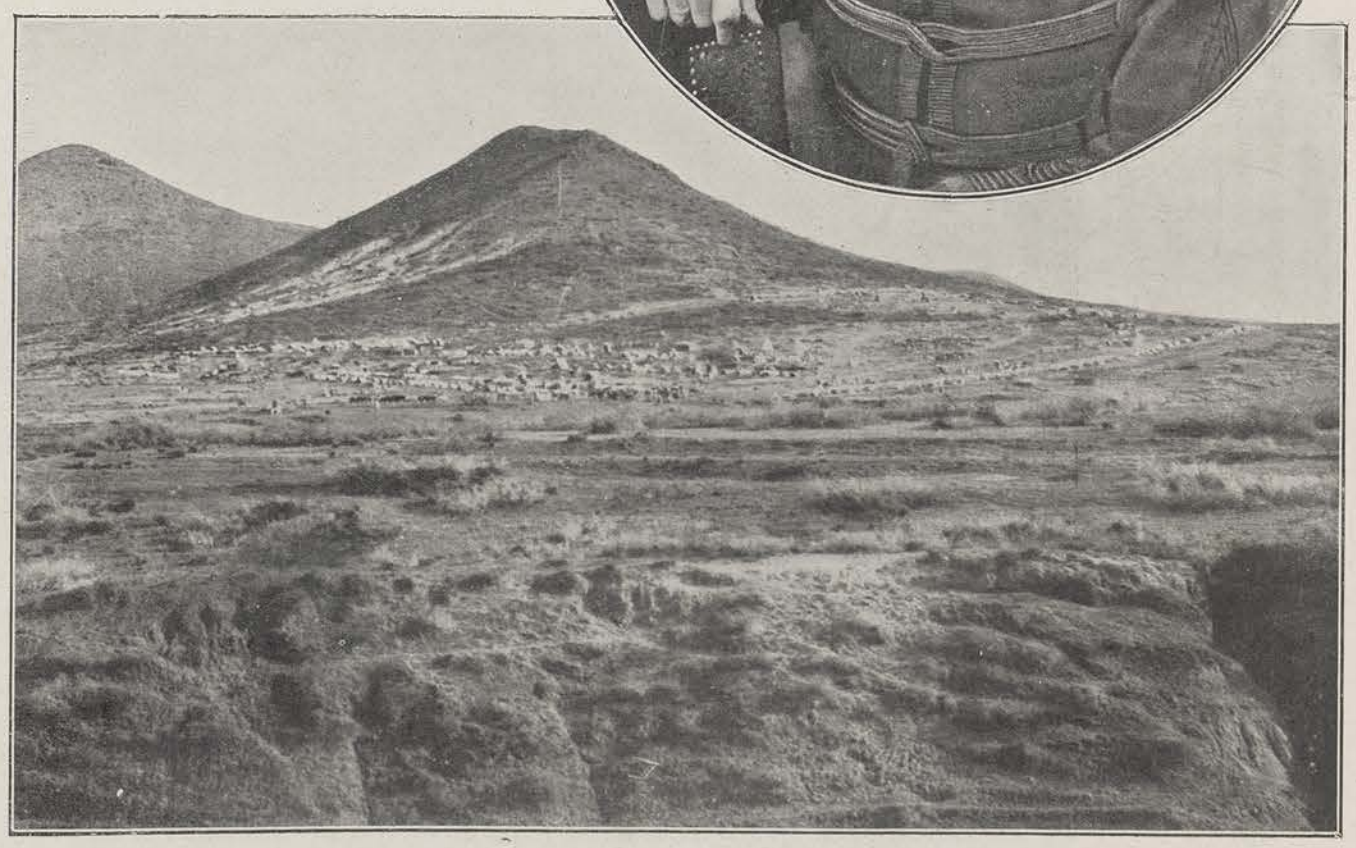
Según parece, el general Lyautey considera esas operaciones como decisivas. Hasta ahora, las tribus sometidas han pagado en dinero 71.000 francos y han entregado á las autoridades militares, entre otros objetos, 725 fusiles de tiro rápido.

El general Drude ha pedido su relevo, alegando el mal estado de su salud. Para reemplazarle ha sido nombrado el general Amade, que tenía el mando de una brigada en la Rochela. El nuevo jefe de las tropas de Casablanca procede del estado mayor y está dotado de brillantes aptitudes.

La substitución del general Drude está rodeada de cierto misterio, suponiendo muchos que lo del mal estado de su salud es una excusa y que la verdadera causa de su relevo hay que buscarla en una disconformidad de criterio con su gobierno acerca de la marcha ulterior de las operaciones en Casablanca.

Parece confirmar esta suposición el hecho á que al principio nos referimos de la toma de la kasbah de los Mediunas. El gobierno francés, de acuerdo con el sultán, había considerado indispensable, para establecer la normalidad en Casablanca y someter definitivamente á los chauías, la posesión de aquella fortaleza, refugio de bandidos y rebeldes, y á este efecto había enviado reiteradas instrucciones al general Drude. Este había ido dando largas al asunto, á pretexto de que para esa operación necesitaba nuevos refuerzos; sobrevino luego la petición de relevo por causa de enfermedad, y cuando el sucesor nombrado se hallaba en camino de Casablanca, recíbese la noticia de que la kasbah ha sido tomada sin más bajas, de parte de los franceses, que un muerto y tres heridos. Realmente es extraño que lo que no pudo ó no quiso hacer Drude estando bueno y en pleno ejercicio de su mando, lo haya realizado con tanta facilidad cuando oficialmente está enfermo y tiene ya nombrado sucesor. Y la extrañeza sube de punto si se tiene en cuenta que el gobierno había ordenado á aquel general que, mientras llegaba Amade, resignara el mando en el coronel Bauregard, á pesar de lo cual, la referida operación fué realizada por el general Drude. Sobre esto parece que el gobierno francés ha pedido explicaciones á Drude, intimándole que regrese á Francia inmediatamente.

La organización de la policía franco-española en algunos puertos marroquíes despierta, según parece, cierta agitación entre los indígenas, siendo de temer que ocurran graves desórdenes. Con estos temores, que de confirmarse exigirían una acción militar más enérgica, relacionan algunos el viaje que estos días ha hecho á Madrid el ministro de Negocios extranjeros de Francia M. Pichon, y créese también que esos mismos temores son la causa principal de ciertos preparativos del gobierno español para tener dispuestas las tropas, cuyo envío á Marruecos pudiera ser necesario en un momento dado.—R.



El general Amade, nuevo general en jefe de las tropas francesas de Casablanca (De fotografía.)
Campamento de Martimprey, visto desde Monasseb-Kiss. (De fotografía de Carlos Trampus.)

ADORACIÓN, CUADRO DE J. JUNGWIRTH, GRABADO POR BONG

ESTATUA ECUESTRE DE NAPOLEON III

La ciudad de Milán se dispone á erigir en una de sus plazas ese monumento, que tiene una historia en extremo curiosa. A raíz de la guerra de la independencia de Italia, los italianos, deseosos de manifestar su gratitud á Napoleón III, que tanto les había ayudado en aquella obra, abrieron una subscripción nacional en Lombardía y en el Piamonte para levantarle una estatua. En poco tiempo recaudóse la cantidad necesaria, y el escultor Cabacchi recibió el encargo de ejecutar el proyectado monumento. Transcurrieron algunos años sin que el artista acabase su obra, y en el entretanto efectuóse la expedición que terminó con la batalla de Mentana (3 de noviembre de 1867), en la cual los garibaldinos fueron derrotados por las tropas francesas y pontificias.

Entonces cambiaron los sentimientos de los italianos respecto de Napoleón III, y de ese cambio se resintió la fundición de la estatua. Terminóse ésta, sin embargo; pero la caída del emperador y la proclamación de la República en Francia impidieron que se le diera el destino proyectado, pues los republicanos de Italia no quisieron inferir á la nación amiga el agravio que ello suponía. La desgraciada estatua quedó, pues, arrinconada en el patio de un palacio y aun se trató de venderla á otra ciudad, para que, cambiándole la cabeza, pudiese dedicarla á algún caudillo de su devoción; pero esta idea no prosperó y la efigie de Napoleón III continuó relegada al olvido por espacio de mucho tiempo.

Por fin, hace poco el Ayuntamiento de Milán ha resuelto sacarla del patio en donde ha permanecido tantos años, y en breve la obra de Cabacchi se ostentará en un sitio público y Napoleón III recibirá el homenaje que por tanto tiempo le ha sido negado, siendo la inauguración del monumento una de las fiestas con que los milaneses se proponen conmemorar el 60.° aniversario de su liberación de la dominación de Austria.

Estatua ecuestre del emperador Napoleón III que se colocará dentro de poco en una plaza de Milán. Obra de Cabacchi. (De fotografía de Felipe Hutin.)

M. GUYOT DESSAIGNE

En la mañana del 31 de diciembre último falleció repentinamente en el salón de conferencias del Senado el ministro de Justicia de Francia. Había asistido á la sesión matutina, en donde se discutía la cuestión de la liquidación de los bienes de las congregaciones, y estaba hablando con el presidente de aquella cámara M. Antonino Dubosc, cuando fué acometido de un síncope. Prestáronsele inmediatamente los auxilios necesarios; pero todo fué inútil, y los médicos que le asistieron sólo pudieron comprobar su muerte.

M. Guyot Dessaigne nació en Brioude en 1833 y, habiendo entrado en la magistratura, fué procurador imperial en Clermond-Ferrand, abogado general en Riom y juez del tribunal del Sena. En 1879 dimitió este cargo y se retiró á Cunlhat, en donde, dedicado á la política, entró en el consejo general de su cantón y fué alcalde de aquella ciudad. Elegido diputado en 1885, afilióse á la izquierda radical y en 1889 desempeñó algunos días la cartera de Justicia en el ministerio Floquet. En 1896 fué ministro de Obras Públicas en el gabinete Bourgeois, y en 1905 M. Clemenceau le confió el ministerio de Justicia.

Era M. Guyot Dessaigne un hombre inteligente y en extremo laborioso, y se había conquistado el respeto y la consideración de sus propios adversarios políticos. Momentos antes de morir, el senador Provost de Launay, con quien había contendido en la sesión y á quien daba las gracias por las frases laudatorias que le había dirigido, le contestó: «Señor ministro, lo que he dicho no tiene nada de particular, porque, aunque soy vuestro adversario político, os he considerado siempre como un hombre honrado y leal.»

MONUMENTO Á D. CARLOS LARIOS

Málaga ha pagado una deuda de gratitud que tenía contraída con uno de sus más ilustres hijos, D. Carlos Larios, erigiendo á su memoria el monumento que adjunto reproducimos y que ha sido recientemente inaugurado. El Sr. Larios, hombre de grandes iniciativas y de los más nobles sentimientos, fundó varias importantes fábricas, fué decidido protector de la clase obrera y trabajó siempre en pro de los intereses de aquella capital.

El monumento es obra del distinguido escultor malagueño Mateo F. de Solo, quien, así en el expresivo busto del Sr. Larios, como en la estatua desnuda y en los relieves, adornos y líneas generales, ha demostrado una vez más sus notables aptitudes artísticas.

M. Guyot Dessaigne, ministro de la Justicia de Francia, fallecido en 31 de diciembre último. (De fotografía.)

MISCELÁNEA

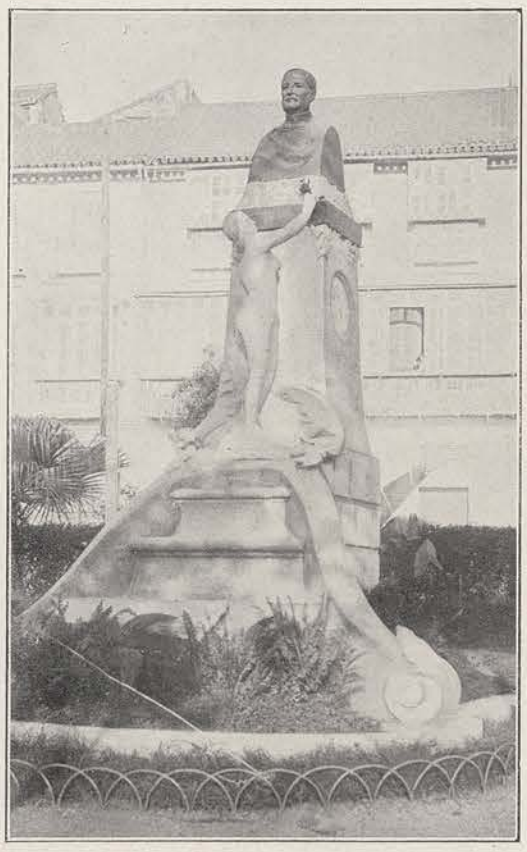
Bellas Artes.— BARCELONA.—*Salón Esteva Figueras y sucesores de Hoyos.* - Notable bajo todos conceptos fué la reciente exposición de obras del celebrado pintor Antonio Utrillo, que nos mostró en ella un nuevo aspecto de su personalidad artística, pues si hasta ahora era ventajosamente conocido Utrillo como pintor de figura, al presente podemos admirarle además como paisajista. La exposición constaba de varios cuadros, en los cuales aparecían bellamente reproducidos esos tipos femeninos que pocos han acertado á trasladar al lienzo con la gracia y la elegancia con que lo ha hecho Utrillo, y de unos cuantos paisajes, hermosas impresiones sentidas al contacto directo de la naturaleza y exteriorizadas con un vigor, con una verdad y sobre todo con un sentimiento digno de los mayores encomios.

Espectáculos. — BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *La dida seca*, zarzuela en un acto, letra de Eduardo Aulés, música del maestro Oró; *El banc de la paciencia*, comedia en un acto de J. M. Nadal; *El portal de Bethlem*, pastoral lírica en dos actos y cinco cuadros de los Sres. Prat Gaballí y Maseras, música del maestro Esquerrá; y *El manyá de la plassela*, sainete en un acto de Brossa; en Romea *Home casat, burro espatllat*, comedia en un acto de Salvador Bonavía, é *Il tenore Francesco*, comedia en dos actos de Pablo Parellada; en el Eldorado *Se acabó el amor*, comedia en cuatro actos de Roberto Braco, traducida por Carlos Costa; y en el teatro Granvía *La bandera coronela*, zarzuela en un acto y dos cuadros de los Sres. Perrín y Palacios, música del maestro Giménez.

En el Liceo, se han cantado *Werther*, *L'Africana* y *Tannhäuser;* Anselmi y la señorita Verger en la primera; Vinyas y la Darclée en la segunda, y la Passini, Vinyas y Battistini en la última, han alcanzado grandes ovaciones. La reproducción de *Tannhäuser* ha sido un gran acontecimiento artístico: los artistas antes citados han rayado á grande altura; el celebrado maestro alemán Beidler la ha concertado y dirigido admirablemente, y la *mise en scene* nada ha dejado que desear, habiendo pintado para esta ópera hermosas decoraciones los reputados escenógrafos Vilomara y Junyent.

Las dos primeras funciones del «Teatre Intim» dadas en Romea han sido otros tantos triunfos para el director de aquél Sr. Gual: en la primera, se representaron *Baratería*, drama en dos actos de Lorde y Forestier, traducido por Salvador Vilaregut, *Pel de panotxa*, comedia en un acto de Renard, traducida y adaptada por el Sr. Gual, y *La ma de mico*, cuento trágico en un acto y tres cuadros de S. Vilaregut, inspirado en un cuento inglés de Jacobs; en la segunda, se puso en escena *La llantia del odi*, tragedia en cuatro actos de D'Annunzio, traducida por Salvador Vilaregut. En el desempeño de esas obras, perfectamente dirigidas, alcanzaron muchos y merecidos aplausos las señoras Jarque, Clemente, Xirgu, Baró y los Sres. Vinyas, Borrás (J.), Capdevila, Santolaria y Daroqui; las decoraciones de algunas de ellas han sido pintadas expresamente por los Sres. Moragas y Alarma, Brunet y Pous.

MADRID. - Se han estrenado con buen éxito: en el Español *Lorenza*, comedia en tres actos de Dicenta, y *La famosa Teodora*, comedia en tres actos de Jesnitzcer, arreglada y traducida por Federico Reparaz; en la Comedia *Alrededor del mundo*, comedia arreglada del francés por Celso Lucio; en la Princesa *Mora de la Sierra*, drama en tres actos de Federico Oliver, y *La vida que vuelve*, comedia en dos actos de los hermanos Alvarez Quintero; en Lara *Los intereses creados;* comedia en dos actos de Benavente; en la Zarzuela *El regimiento de Arlés*, ópera cómica en un acto y tres cuadros, arreglo de *La figlia del regimento*, de Donizetti, muy bien hecho por el maestro Sr. Fernández Lapuente, y *El país del sol*, zarzuela en un acto, letra de Osete y música del maestro Hermoso; en Apolo *El día de reyes*, juguete en un acto de José Moncayo; en el Gran Teatro *La bohemia*, comedia en tres actos, arreglada de la novela de Mürger por el Sr. Salvat; y en el Cómico *Alma de Dios*, comedia lírica de costumbres madrileñas, en un acto y cuatro cuadros, letra de los Sres. Arniches y García Alvarez y música del maestro Serrano.



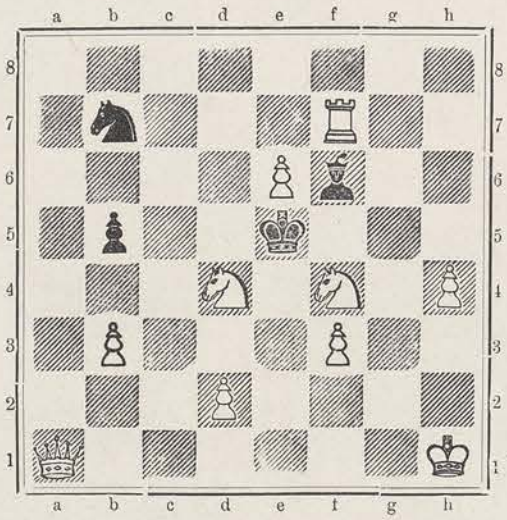
Monumento á D. Carlos Larios, recientemente inaugurado en Málaga. Obra de Mateo F. de Solo. (De fotografía.)

En el Real se han cantado, entre otras óperas, *Werther* y *Manón Lescaut*, de Massenet, habiendo sido muy aplaudidos en la primera la Sra. Ikso y el Sr. Battistini, y en la segunda la Sra. Baldassare y el Sr. Anselmi. *Tannhäuser* ha tenido una ejecución muy mediana; sólo el Sr. Battistini y el maestro Villa se portaron admirablemente.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 484, POR V. MARÍN.

NEGRAS (4 PIEZAS)



BLANCAS (10 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 483, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. R b 6 - a 5	1. Cualquiera.
2. T ó D mate.	

MÉLI-MÉLO NOUVEAU PARFUM créé par VIOLET, 29, Bd ITALIENS, Paris.

ALEGRE

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA.—ILUSTRACIONES DE CUTANDA

(CONTINUACIÓN)

El negrillo sentado á popa, mientras su amigo en la rueda del timón... (pág. 37.)

¡Oh, el mar!

¡Con qué alegría saludó el muchacho las costas de su patria, que se perdían en lontananza! ¡Con qué fruición hundió sus miradas en aquel vastísimo horizonte!

Cielo y agua por doquiera, sólo á lo lejos, muy lejos, divisaba alguna vela blanca, que le parecía á veces las inmensas alas de un pájaro monstruoso. De pronto, en medio de sus pensamientos, asaltóle un recuerdo y se estremeció al mirar aquellos buques lejanos.

A su lado estaba el contramaestre.

—¿No hay piratas?, preguntóle en voz baja, como temeroso de que fueran á creer que tenía miedo.

El marino sonrió.

—¡Bah, los piratas! ¡El *Palermo* se ríe de ellos! Ven acá, y juzga tú mismo.

Y le condujo al interior del buque.

Allí, por cada banda asomaban sus negras bocas tres cañones.

—¿Qué te parece?, le preguntó.

El niño abrió los ojos como sorprendido y dijo:

—¿No es pirata mi padre?

—¡Bah!, exclamó el contramaestre soltando una estruendosa carcajada.

Y añadió, bajando la voz:

—Tu padre... no tiene arboladura para tanto, y sin embargo, el buque puede ser un buen corsario... ¿Sabes tú lo que es eso? Casi nada, un buque pirata; con su andar, sus seis cañones y unos cuantos hombres decididos, ya podría largar trapo cualquier navío á la vista. Si tu padre quisiera, el Mediterráneo sería suyo.

Enrique cerró los ojos; creyó que el contramaestre se burlaba de él.

—Vamos, chico, no te asustes, díjole el marino palmeándolo, eso no es nada; cuando veas al mar de fiesta y al *Palermo* bailando sobre las olas como una cáscara de nuez, entonces sí podrás cerrar los ojos.

—¡Yo no tengo miedo al mar!, exclamó Enrique, avergonzado de que eso fueran á creer.

—Así me gusta, ni al mar, ni á los piratas.

—Ni á los piratas, repitió Enrique.

El marinero reía con una risa áspera y dura, como el crujir de herrajes enmohecidos; parecía decir: «¡Ya lo veremos!»

Esa noche Enrique preguntó á su padre:

—¿Cómo se llama el contramaestre?

—Volpi. ¿Por qué, hijo mío?

—Quería saberlo, no más. ¿Es buen marino? ¿De dónde es?

—Es de Palermo, excelente marino, un poco áspero.

—¡Ah, sí! Pero ¿no es pirata?

—¡Oh, no!, exclamó el capitán; no, hijo mío, no es pirata.

Y añadió para sí:

—Aunque después de todo, no le iría mal en el oficio; tiene un aire de corsario... ¡Bah!, prorrumpió alegremente. ¡Qué ha de ser!

Poco después el *Palermo* llegaba á los puertos de Levante; allí estuvo anclado ó recorriéndolos unos dos meses, que el capitán Raffadali empleó en aumentar sus ganancias. Sea que se condujera con más habilidad que nunca, sea que su crédito de buen mercader hubiera crecido, es lo cierto que las ganancias que realizó en aquel viaje fueron cinco veces mayores que las que hiciera en ningún otro. La bodega del *Palermo* venía repleta de productos de la industria oriental, sederías, tapices, esencias y mil géneros diversos que hallaban amplia salida en los mercados europeos. Además los cequíes abundaban en las arcas del afortunado capitán.

Aquel barco hubiera sido una presa magnífica para los piratas; pero, como decía el contramaestre, el *Palermo* se reía de ellos por la negra boca de sus seis cañones.

A la tarde en que presentamos nuestro barco cruzando á velas desplegadas las azules ondas del Mediterráneo, había sucedido una hermosa noche endulzada por una suave brisa que traía en sus alas el fresco de las nieves del Cáucaso.

La luna no debía salir hasta muy tarde; el mar estaba completamente desierto, al menos en lo que alcanzaba la vista poderosa de un marino.

Sería la media noche; el capitán dormía con Enrique en la cámara; el muchacho, sofocado por el calor que reinaba en ella y ansiando respirar la fresca brisa que en aquel momento hinchaba las velas del buque, subió á cubierta. Allí la obscuridad era completa; las luces de posición se habían apagado; el silencio era asimismo profundo; sólo se oía el chapoteo de las olas que batían los costados del buque.

No dejaron de extrañar á Enrique estos detalles; sabía por su padre que un barco en alta mar jamás debe apagar sus luces de posición.

Un tanto intranquilo, disponíase á recorrer la popa, cuando oyó un débil silbido y el crujir de una escotilla que se abría. Iba á retroceder para entrar en la cámara, pero interceptóle el camino un hombre cuya silueta se dibujaba borrosamente en la obscuridad; sus pies desnudos no hacían ruido; Enrique apenas tuvo tiempo de ocultarse detrás de un rollo de cables, con el que el otro tropezó estando á punto de caer.

—¡Diablo!, gruñó, casi, casi me voy á pique, y todo por causa de este bárbaro de Jorge, que no echó el rollo á la sentina.

El muchacho estuvo á punto de dar un grito; por la voz y la estatura había conocido á Volpi.

El contramaestre se acercó á la rueda del timón; junto á ella estaba un hombre; Volpi lo habló; el timonel dió media vuelta á la rueda y el barco, ciñendo al viento, se inclinó sobre el costado de babor; pero casi inmediatamente se enderezó con un débil barquinazo.

Era sin duda una señal convenida, porque instantáneamente subieron dos ó tres hombres á cubierta, reuniéndose con el timonel y el contramaestre.

—¿Estáis prontos?, preguntó éste á los recién llegados.

—Sí; respondió uno de ellos con un fuerte acento turco que no se escapó á Enrique.

El muchacho no recordaba que ningún marinero de á bordo tuviera ese acento.

—¿Y Ben-Hissar?, preguntó de nuevo el contramaestre.

—En su puesto, junto á la puerta del camarote de proa, respondió la misma voz.

—¿Y Sphakia?

—Presente, dijo otra voz.

Y se adelantó un hombre.

Todos hablaban en italiano, pero con acento turco. Enrique buscó en su memoria los nombres que había pronunciado el contramaestre; estaba cierto de que los oía por primera vez; eran, pues, hombres extraños á bordo: pero ¿cómo habían entrado? ¡Misterio! «Quizás—pensaba el muchacho—entre los fardos de la carga, y habían permanecido ocultos hasta entonces en la sentina.» Esta no era una maniobra difícil estando en connivencia con el contramaestre. Entonces recordó el muchacho el crujido de la escotilla que oyera al principio, y cayó en la cuenta de que había sido una de las trampillas de la sentina; en ella, pues, habían estado escondidos. Pero no tenía tiempo de reflexionar; los hombres hablaban nuevamente y no quería perder ninguna de sus palabras.

—¿Y la tripulación?, preguntaba uno.

—No podrá hacer nada, respondió el contramaestre; Ben-Hissar tiene orden de asegurarles la puerta; quedarán encerrados, y cuando puedan salir ya será tarde.

—¿Entonces no queda más que el capitán?

—Nadie más que él y su hijo; ve y entiéndete con ellos.

—¿Los mato?, preguntó el turco con toda sangre fría.

—¡No, bárbaro!, exclamó riendo el contramaestre; no hagas eso, que tengo yo una cuenta que arreglar con el capitán; de todas maneras, hoy ó mañana, la cuerda le sabrá igual.

Y el marino reía con su siniestra risa, semejante al crujir de herrajes enmohecidos.

—¿Y al muchacho?, preguntó de nuevo el turco.

—A ese sí, mátalo, gruñó el timonel.

—No, ordenó el contramaestre con voz seca, á ese no, no permito que nadie le toque un pelo, ¿eh?, ni hoy, ni mañana, ni nunca; sacaremos de él un buen grumete: me recuerda á un hijo mío, que si viviera sería de su edad; anda y haz lo que te digo; poco ruido, ¿eh?

El corazón de Enrique palpitaba con fuerza. ¿Qué hacer? No había más que un recurso: avisar á su padre. ¡Ah!, pero ya era tarde: el turco había desaparecido por la escalera de la cámara, y él no podía acercarse á ella, pues los hombres que estaban en el puente lo harían prisionero.

Aunque con el corazón oprimido, conservaba su sangre fría y reflexionaba cuerdamente: su padre no estaba en inmediato peligro de muerte, según las órdenes del contramaestre; por otra parte, nada podía hacer él contra las fuerzas reunidas de varios hombres; era preferible obrar por astucia, pero ¿en qué sentido?

El muchacho contaba los instantes que corrían como si fueran siglos, y al mismo tiempo le parecía que los minutos pasaban con espantosa rapidez; apenas podía contener las palpitaciones de su corazón.

Un rayo de luz hirió sus ojos; el contramaestre acababa de encender una mecha; con ella dió fuego á dos linternas; colocó una sobre la bitácora y tomó la otra.

Enrique se estremeció de terror; agazapóse cuanto pudo detrás del rollo de cables, para evitar que la luz traidora le descubriera.

—Tarda mucho, oyó que decía el contramaestre; voy á ver qué pasa; vosotros esperad aquí.

En ese momento se oyó un grito en la cámara de popa y el ruido sordo de un cuerpo que caía al suelo.

—¡Socorro! ¡Socorro!, exclamó alguien.

—Es Ben Hissar, dijo el contramaestre; ha perdido la partida; ya el capitán le estará arreglando las cuentas.

Un nuevo grito resonó más ahogado.

—¡Vamos!, ordenó el contramaestre; venid todos, aún es tiempo.

Volpi, seguido de los otros, se precipitó tumultuosamente en la cámara.

Enrique de un salto se plantó en medio del puente.

—¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer?, exclamaba dando vueltas como un león enjaulado.

Auxiliar á su padre era imposible: ¿qué podía él contra cuatro hombres?

Mientras tanto, el ruido crecía y crecía en el camarote de popa.

Un pensamiento sublime iluminó la mente del muchacho.

Cogió la mecha y la linterna que habían quedado junto á la rueda del timón, y apoderóse de un hacha que allí había. En tres saltos llegó á la santabárbara, y hundiendo la puerta á hachazos con fuerza que duplicaba su misma desesperación, penetró en ella.

Todo era desorden á bordo; en la cámara de popa, el capitán se debatía furiosamente, pugnando en vano por desasirse de los brazos de los tres marineros que habían corrido á ayudar á Ben Hissar, que se hallaba tendido en el suelo, medio ahogado bajo la presión de los férreos dedos de Raffadali. En el camarote de proa se alzaba la espantosa gritería de toda una tripulación despertada de improviso por el rumor de la lucha, y que en vano trataba de abrir la puerta, sólidamente asegurada por el bandido Sphakia. Y mientras tanto, el buque, abandonada la caña del timón, saltaba dando tumbos sobre las hirvientes olas, que comenzaban á agitarse con la brisa cada vez más fresca.

Enrique con el hacha desfondó varios barriles de pólvora, y tomando en una mano la mecha encendida y en la otra la linterna que arrojaba un torrente de luz sobre su rostro, exclamó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Volpi, Ben Hissar, Sphakia, venid, venid todos!

El timonel, que, una vez asegurado el capitán, creyó innecesarios sus servicios en la cámara, corrió á la rueda del timón para enderezar el barco, que cabeceaba horriblemente. Al subir á cubierta vió con indecible espanto al hijo del capitán, que con una mecha en la mano estaba pronto á dar fuego á la santabárbara.

—¡Ah, maldito!, rugió palideciendo.

Y se precipitó en la cámara de popa gritando:

—¡Volpi, Volpi! Corred pronto ó hacen volar el buque.

El contramaestre apareció en el puente, sañudo, desgreñado, amenazador. Con voz breve dió orden al timonel de enderezar el barco; corrió á la santabárbara, y al ver la actitud del niño, en cuyo rostro daba de lleno la luz de la linterna, lanzó un rugido y sacando una pistola le apuntó.

—Es inútil, gritó el hijo del capitán, siempre caerá la mecha sobre el barril y volará el bergantín con todos los piratas que hay á bordo.

El brazo levantado del contramaestre cayó inerte.

—Di, muchacho, exclamó pálido de terror, ¿qué quieres hacer?

—Casi nada, respondió Enrique con aterradora calma; hacer volar el buque.

—No, tú no harás eso, hijo mío, replicó el pirata dulcificando cuanto pudo su voz.

—¡Que no! ¡Mira!

Y el heroico niño bajó la mecha; ya iba á tocar la pólvora...

—¡Detente!, exclamó el contramaestre nervioso de coraje y sin atreverse á dar un paso, como un corcel de buena raza que al borde de un precipicio siente las espuelas y no se atreve á dar el salto; ¡detente!, ¡un momento!, ¡un instante!

Enrique alzó la mecha.

—¡Habla!, dijo con segura voz.

—Tú también morirás, hijo mío, si haces volar el buque, exclamó el contramaestre tentando un argumento.

—Lo sé, no me importa.

—Morirá tu padre.

—¡Mi padre! ¿No morirá lo mismo en vuestras manos? ¿No tenéis una cuenta que arreglar con él?

—¡Ah!, exclamó el siciliano estremeciéndose de ira y de terror; arroja esa mecha, hijo mío, y te daré cuanto pidas.

—Bien; dame primero lo que pida y después la apagarás tú mismo.

—Pide.

—Trae á mi padre al puente.

El contramaestre vaciló, pero viendo decidido al pequeño héroe, comprendió que no quedaba otro recurso y ordenó que trajeran al capitán.

Este se presentó con los brazos ligados.

Al ver á su hijo comprendiólo todo y sólo tuvo un gesto de admiración.

—¡Bravo, mi Enrique, bravo!

—Y ahora, dijo el contramaestre, apaga la mecha.

—No, tengo algo más que pedir.

—Pide.

—Corta las ligaduras á mi padre y sube al puente toda la tripulación.

—¡Imposible!, rugió el bandido con ira, perderé lo que he conseguido; perderé el *Palermo:* perderé el imperio de los mares.

—¡Pirata!, exclamó con desprecio el niño. Pues bien, pierde todo eso, y perderás la vida.

El bandido comprendió.

—Sea, dijo con rabia. Sphakia, que suba al puente la tripulación.

Algunos instantes después los marineros del *Palermo* se alineaban sobre cubierta.

—Corta las ligaduras del capitán, ordenó á Ben-Hissar el contramaestre.

El capitán quedó libre.

—Y ahora ¿qué haces tú?, preguntó el pirata á Enrique.

—Lo prometido.

Apagó la mecha y se arrojó en los brazos de su padre.

Todo había quedado en silencio. De pronto se oyó la voz del capitán que solemnemente decía:

—Orden de prisión contra todos los que han intentado apoderarse del buque.

Minutos después eran llevados á la sentina, sólidamente amarrados, el contramaestre, el timonel y los tres turcos.

Un cuarto de hora más tarde el capitán Raffadali se retiraba á la cámara de popa con su hijo.

A bordo volvía á reinar el orden de siempre, como si nada hubiera sucedido.

—¡Bravo, mi Enrique!, exclamaba el capitán en su cámara, abrazando á su hijo, ¡eres un héroe de doce años!

—Y ahora, padre mío, preguntó el muchacho, ¿qué harás de esos cinco prisioneros?

—El primer rayo del sol de mañana alumbrará cinco piratas colgados de una entena, respondió siniestramente el capitán.

—¡Padre mío!, exclamó el muchacho abrazando á su padre, ¿y si yo te pidiera su vida y su libertad?

—No podría concedértelas; han pretendido asesinarme.

—¿Y si alguno de ellos hubiera salvado la vida á tu Enrique?

—Lo perdonaría.

—¡Bien!, dijo el niño arrojándose al cuello de su padre.

Allí le habló al oído largo rato; contóle cómo el contramaestre, el cabecilla de los bandidos, había dado orden de que á él no lo mataran, por recuerdo de su hijo; mostróle cómo si salvaba al cabecilla no podía condenar á sus complices; hablóle en fin, cuanto podía hablarle con el corazón en la mano; y cuando vió que una lágrima silenciosa se deslizaba por las bronceadas mejillas de su padre, preguntóle de nuevo:

—Y ahora, ¿que harás de ellos?

—Ahora, por ti, mi Enrique, sólo por ti les perdonaré la vida, y en la primera tierra que veamos desembarcaré á esos piratas.

. . . . . .

Dos días más tarde, después de haber dejado en Malta á Volpi con sus cuatro secuaces, entraba airosamente el bergantín goleta en el hermoso puerto de Catania.

La noche había cerrado completamente; algunas estrellas brillaban en la bóveda celeste, como broches de diamantes prendidos en un manto azul turquí, y la luna asomaba su plateado disco, levantándose lentamente sobre las olas del Mediterráneo.

El viejo marino calló. Alegre quedó largo rato silencioso: pensaba en el hijo del capitán. Después con esa curiosidad inagotable de los niños que quieren apurar hasta la última gota un cuento ó una historia preguntó:

—¿Y Enrique?

El marino sonrió; esperaba la pregunta y no le costó gran trabajo la respuesta:

—Enrique llegó á ser capitán del *Palermo* cuando su padre, agobiado por la edad, no pudo continuar en su rudo oficio.

—¡Yo quisiera ser como Enrique!, exclamó de pronto Alegre, que se había quedado pensativo nuevamente.

—¡Tú, héroe á los doce años! ¡Hum! Algún trabajillo cuesta, pero no es imposible que algún día lo seas. ¿Qué edad tienes ahora?

—Diez años, dice *el signor* Bertoni.

—¿Nada más que diez? Bueno, te faltan dos para tener la edad del hijo del capitán. Por ahora basta de cuentos, niño mío; otro día te contaré más; es hora ya de que vayas á cenar, y me parece que *el signor* Bertoni no sabe esperar, ¿no es así?

Alegre volvió del país encantador de la fantasía al de la realidad; se acordó de Tell, que debía de tener buen apetito y que estaba allí en espera de sus órdenes; se acordó de sí mismo, que lo tenía bastante despierto, gracias á la brisilla del mar. Levantóse y fuése á proa, donde estaban sus compañeros, que le enseñaron su plato de hojalata completamente limpio. Alegre comprendió, y sin decir una palabra, se volvió á popa.

—¿Ya cenaste?, preguntóle su amigo.

—No; no me han guardado mi parte; lo siento por Tell, que tendrá que ayunar.

—¡Tifones! ¿Cómo es eso, muchacho? Aguarda; ya te desquitarás.

En ese momento pasaba un marinero por allí; llamólo y le dió en secreto una orden.

Poco después volvía con unas tajadas de oloroso jamón, un vaso de vino y una galleta.

—Vamos, muchacho, acá tienes; desquítate, come sin miedo; hay para ti y para tu perro.

Y añadió entre dientes:

—¡Maldita la gracia que me hace ver á la gente sin lastre en la bodega! Vaya á ver uno lo que valen; con la primera racha se van á pique ó cuando menos se tumban.

Y al ver el apetito con que el chico devoraba sus manjares, haciendo partícipe de ellos á Tell, exclamó alegremente.

—¡Bravo, muchacho! Embarca, embarca; tendrás carga para varios días; ahora sí que saldrás con más garbo que una fragata genovesa.

Al poco rato Alegre había dado fin á su cena.

—Bien, hijo mío; ahora á dormir en paz; á soñar con Enrique para que aprendas á ser bueno.

Alegre no se iba.

—¿Se te ofrece algo más? Di, sin miedo, ¿qué quieres?

—Preguntarle á usted una cosa, balbuceó avergonzado.

—Pregunta cuanto quieras.

—¿Cómo se llama usted y por qué le obedecen todos?

—¡Hombre! ¿Cómo me llamo? Para ti me llamaré Delfín, el tío Delfín; para los otros soy el contramaestre, y por serlo me obedecen, ¿has entendido?

—¡Y qué es un contramaestre? ¿Un pirata como el del *Palermo?*

—Como Schiassa, ¿eh?, exclamó el marino soltando una ruidosa carcajada. No, hijo mío, no; un contramaestre es casi un segundo capitán; anda, duerme y sueña con todos los piratas que quieras, con tal que no me pongas entre ellos.

Alegre se retiró gozoso; y acomodándose como pudo en el estrecho espacio que sus compañeros le habían dejado á proa, se durmió profundamente; soñó con el tío Delfín, soñó con Enrique, soñó con los piratas, soñó... ¿quién podría decir todo lo que sueñan los niños cuando su fantasía vaga suelta por los dorados campos de los sueños?

IV

EL TÍO DELFÍN

El tío Delfín, ó llamándolo por su propio nombre, Joaquín Pessaro, era uno de esos viejos lobos de mar, que, nacidos en una playa, viven y mueren entre las olas.

Tendría, cuando Alegre le conoció, poco más de cincuenta años, pero era tan vigoroso y fuerte como á los treinta. Navegaba desde los diez. Había cruzado todos los mares del mundo, sus pulmones habían aspirado las brisas de todos los climas y su rostro se había bronceado con los soles de todas las latitudes.

Un día, cansado de su ruda existencia, volvió á tierra, compró con los ahorros de veinte años una pequeña huerta á la orilla del mar, en su pueblo; edificó una casita, y... hecho el nido, ¿cómo no buscar una compañera? El tío Delfín la buscó y la halló; casóse con una compatriota, una linda y robusta campesina, y á los cuarenta años conoció una vida de hogar que jamás había conocido.

La zorra perderá los dientes, pero no las mientes, canta el refrán; genio y figura...

Un día, el viejo lobo de mar abrió sus fauces ansiando respirar las saladas brisas del Océano; extendió los brazos, entumecidos por el descanso; sacudió sus espaldas de Hércules y soltó un taco.

—¡Tifones del mar de la China!, rugió. ¡Francisca!, llamaba á su esposa, te he dicho y te vuelvo á decir que esta vida me cansa, me hastía, me aburre, me mata, ¡vientre de ballena!, me mata; el tío Delfín no ha nacido para estar siempre en tierra firme como un lanchón varado; ¿sabes tú con qué me destetó mi madre? ¡Con arenque salado, Francisca, con arenque! Yo he nacido para la mar; la tierra me cansa, la mar no; ¿dónde has visto tú que los delfines se cansen de las olas? Nada, nada, lo dicho y requetedicho; esta vida perezosa me enmohece; el gorgojo me roe la quilla; estoy bien seguro que si no respiro sal, el día menos pensado doy un bandazo, me desmantelo y ¡agur!, me voy á pique en cuanto ventee fresco. Mañana mismo voy al puerto, veo si hay algún barco que necesite un tío Delfín á bordo, me calafateo un poco y ¡al agua, patos!, que la tierra me pudre en vida y el gorgojo me está royendo, y, ¡tifones!, para que me coma tan ruin bicho prefiero que lo hagan los tiburones; ¿entiendes esto, Francisca de mi vida?

¡Vaya si entendía la pobre! Desde las primeras palabras había comprendido que esa era otra de las crisis que el buen hombre padecía en sus nostalgias por el mar. Hasta entonces ella con sus lágrimas pudo conjurarlas; pero aquella era la decisiva: la esperaba desde tanto tiempo, que antes que su marido conoció que se acercaba amenazadora.

¡Pobre mujer! El viejo lobo no quería ya oir consejos ni ver lágrimas, se exasperaba, rugía, echaba tifones y relámpagos que era un gusto; sin embargo, ella tentó un esfuerzo.

—¿Y nuestros hijos?, preguntó con lágrimas en los ojos; ¿qué será de los pobrecillos sin su padre?

El tío Delfín bramó como un toro á quien se le clava un rejón; tenía dos pequeñuelos á quienes adoraba; eran su lado flaco; comprendió que sería derrotado sin misericordia si se dejaba atacar por aquella banda.

—¡Mujer!, gritó furioso, más por ahogar en ruido la voz de su corazón que por verdadera ira, ¿qué necesidad tienen los chicos de mí?

—¿No eres su padre?, preguntó mansamente Francisca.

¡Oh, sí lo era! El tío Delfín vió que sus fuerzas arremolinaban, empezaba su derrota; pero como aquel padrazo había decidido volver al mar aunque para ello hubiera de embarcarse en la barca de Caronte, cerró los puños, apretó los dientes, tomó aliento y rompió á decir con la velocidad de un huracán:

—¡Truenos y relámpagos! Mujer, tú no quieres entender lo que te digo; que soy padre de los chicos, bien, ¿y qué? ¿Quiere decir que por serlo debo quedarme varado en tierra firme, con la quilla en alto, con los brazos cruzados, siempre á la espera del buen tiempo? ¿He de vivir á la capa, sin hacer nada, viendo á los chicos que cada día necesitan más, porque cada día echan más arboladura, y yo, su padre, nada puedo darles? ¡Tifones, retifones! Y todo esto porque á una pícara mujer, que no entiende la maniobra, se le ha clavado entre ceja y ceja que yo he nacido para haragán. ¿Es esto justo? ¡No, señor, qué ha de ser! Gracias á Dios tengo todavía buenas bandas para hacerme á la mar—y al decir esto golpeábase el pecho y las costillas, que más parecían de templado acero que de carne y hueso.—Nada, que vosotras, las mujeres, no entendéis jota de esto, porque siempre navegáis de un solo costado, siempre cuidando la banda de estribor, ¡tifones! ¿Acaso no tenéis más que corazón?

Trepaba hasta la punta de los palos...

Y el viejo lobo se hundía á puñetazos la banda de estribor, acaso para ahogar los feroces latidos con que el suyo protestaba de sus, al parecer, poco paternales sentimientos.

Resultado: que al día siguiente, después de dar un tierno abrazo á su mujer, que lloraba á lágrima viva, un beso como un cañonazo al mayor de sus chicos y un dulce mordisco al menor, el tío Delfín se hizo á la mar de contramaestre del bergantín *Santa Ana*, de la matrícula de Nápoles, capitán Riquelmi.

Largos años navegó en él sufriendo la cólera de todos los mares, siempre inquebrantable, firme como un escollo, aferrado á su propósito de no echar raíces en tierra firme sino cuando estuviera cuarteado en sus bandas y desmantelado en su arboladura. Bien sabía el honrado marino que todas sus fatigas se trocaban en oro, y que ese oro debía asegurar el porvenir de su mujer y sus hijos cuando él faltara, porque tarde ó temprano había de rendir su tributo al mar.

Pero el oficio era rudo y la paga mezquina y sólo á costa de grandes privaciones lograba el tío Delfín ahorrar su sueldo casi íntegro.

Rara vez, sólo cuando el *Santa Ana* anclaba en Nápoles ó en algún puerto cercano, podía ver á su mujer y á sus hijos.

¡Qué baño de alegría se daba el viejo lobo en aquellas visitas! Pero ¡cuán veloces huían aquellas dichosas horas!

—¡Tifones con el perro oficio!, murmuraba cuando el deber lo arrancaba de su hogar. Hasta la vista, que será muy pronto, Dios mediante; tú, mujer, remar, remar fuerte; vosotros, hijos míos, sed buenos, ya os llegará la hora de la maniobra; honrados y buenos, ¿eh? ¿Habéis comprendido, verdad?

Y el marino, enjugándose avergonzado una lágrima que le calcinaba el rostro, daba un abrazo ternísimo á su mujer, un beso al mayor de sus chicos y un mordisco dulce como un caramelo al menor, y se largaba á velas desplegadas, porque si no... las lágrimas de aquellos pedazos de su alma eran capaces de hacerlo encallar... y vuelta á las andadas.

El tío Delfín era de la pasta de Régulo.

Así el viejo lobo iba remando, remando en el agitado mar de su vida, entrando al puerto de su hogar, allá de tarde en tarde, para reparar las averías que pudieran haberle hecho tantas borrascas sufridas, y para refrescar los víveres de su alma.

Porque aunque de tarde en tarde, aquella entrada al puerto á carenarse le infundía nuevos bríos para seguir bogando; mas llegó un día en que el comercio del *Santa Ana* requirió su presencia en otros mares y pasaron años sin que el honrado marino pudiera volver á su hogar á refrescar víveres, como en su pintoresco lenguaje decía.

Es verdad que en sus cartas desleía su alma; es verdad que las escribía tan largas que su mano llegaba á cansarse (aunque tampoco era de mucho aguante por falta de costumbre); es verdad que las recibía de mano de su mujer, con garabatos de los chicos, desbordantes de sentimiento; pero no compensaba esto á lo otro, no era lo mismo, ¡qué había de ser, trombas y tifones!

Un día, el *Santa Ana* recibió á bordo toda una compañía de acróbatas ambulantes. Entre los niños que la formaban, el tío Delfín vió uno, que ¡Dios de Dios!, cómo se parecía á su chiquillo mayor, al hijo predilecto. El marino devorábalo con la vista; sí, era igual, completamente igual, tendría la misma edad; ¡hacía dos años que no lo veía!, sus mismos ojos, grandes, obscuros, llenos de alma; su mismo rostro, su misma sonrisa, con idéntica expresión; tan hermoso, tan dulce, tan simpático como su hijo; sólo que era un poquito negro, ¡tifones!, y su chico, aunque no era blanco como una azucena, no era tan quemado como aquél; pero esto nada valía, el viejo marinero blanqueaba al negrillo con la imaginación y volvía á ver á su hijo...

Y he aquí cómo Alegre encontró en el *Santa Ana* un padre, y el tío Delfín volvió á ver á su chico, al hijo predilecto, al gallardo bandolero de diez abriles, que se revolcaba en todas las arenas de la playa y jugaba con todas las olas de aquella hermosa mar de las costas napolitanas.

V

MAR DE FONDO

Cincuenta días habían pasado ya en el mar y aún estaban lejos del puerto adonde iba el *Santa Ana*. *Il signor* Bertoni, protestando de aquellas calmas que le echaban por tierra todos sus planes financieros, tuvo que entregar algunas docenas de liras al capitán para que se encargara de la manutención de su Compañía, so pena de hallarse el mejor día sin discípulos.

También al capitán Riquelmi traían fuera de sí aquella serie de días abrumadores, sofocantes, monótonos, sin que una brizna de aire acariciase las deshinchadas velas. Él también perdía con la prolongación indefinida del viaje.

Los únicos que salían ganando eran el tío Delfín y Alegre. Nunca le vino mejor el nombre que el contramaestre le diera, porque nunca estuvo más alegre que en aquella época.

(Se continuará.)

EXPOSICION ARTISTICO INDUSTRIAL

DEL ATENEO OBRERO

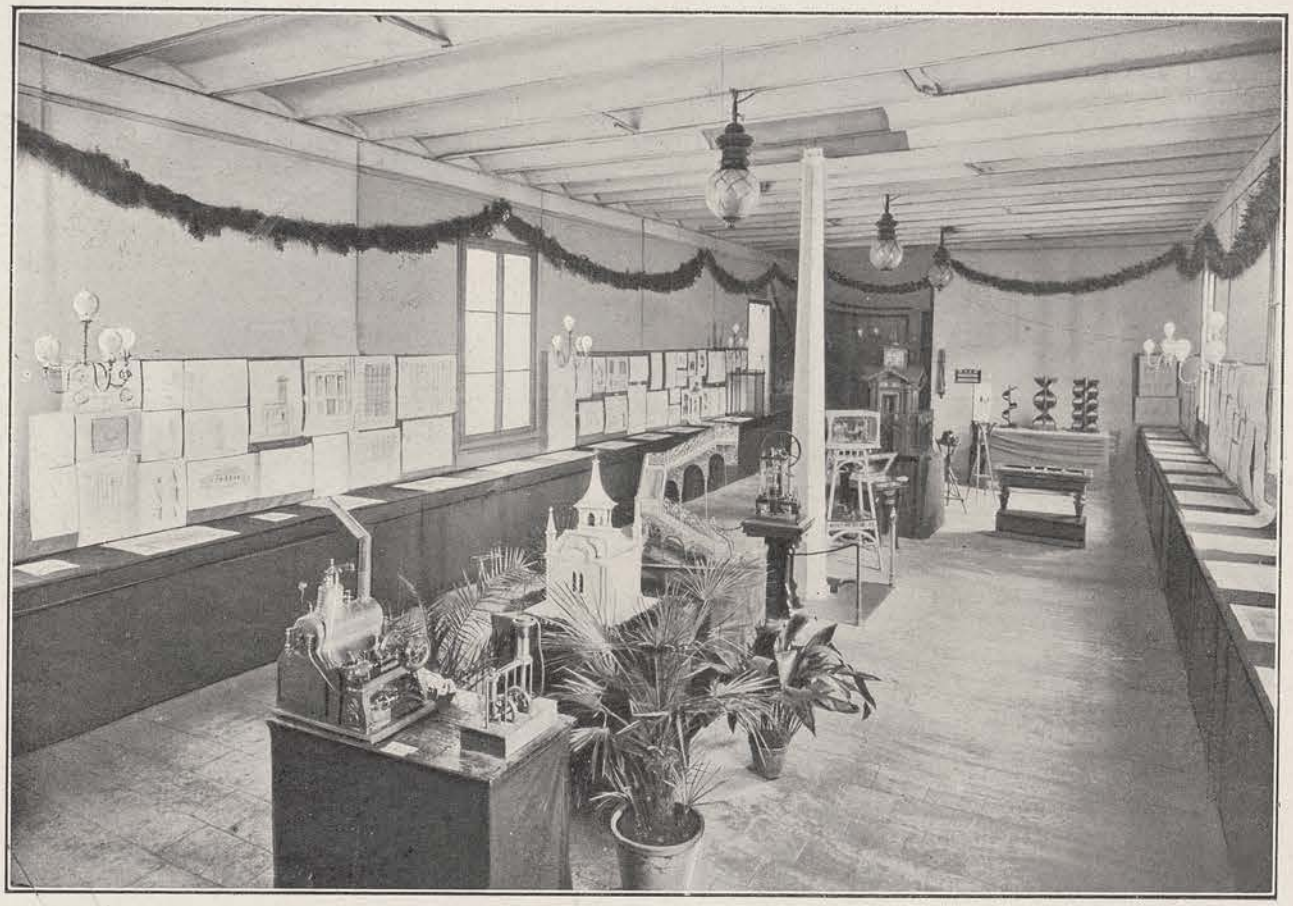
Pocas instituciones habrá más simpáticas que el Ateneo Obrero de esta ciudad, en donde nuestra juventud obrera recibe provechosas cuanto sólidas enseñanzas de todas aquellas materias que contribuyen á perfeccionar y ennoblecer el trabajo y que al mismo tiempo sirven para poner de manifiesto talentos ó aptitudes especiales que, bien cultivados, permitirán al modesto jornalero aspirar y alcanzar más altas posiciones.

Y esta obra resulta tanto más meritoria, cuanto que el Ateneo Obrero realiza sus hermosos fines casi con su solo esfuerzo, pues aparte de las subvenciones del Ayuntamiento barcelonés y de la Diputación provincial, no ha logrado de los poderes públicos la protección que merece una institución que cuenta veinticinco años de existencia y que sostiene numerosas é importantes clases por las cuales han pasado más de 26.000 alumnos, muchos de ellos hoy afamados artistas.

Para conmemorar el 25.° aniversario de su fundación, ha celebrado recientemente el Ateneo una exposición artístico-industrial, cuya inauguración se efectuó el 26 de diciembre último, bajo la presidencia del alcalde Sr. Sanllehí y con asistencia de representantes de la Diputación y de varias entidades barcelonesas, de senadores, diputados, catedráticos y de otras distinguidas personalidades. En aquella sesión inaugural, el secretario Sr. Serra leyó una interesante y bien escrita memoria, haciendo la historia del Ateneo y de las vicisitudes por que éste ha pasado; el profesor y organizador de la exposición Sr. Campos dió lectura á un concienzudo trabajo en que patentiza la importancia social del Ateneo Obrero, que puede ser equiparado á la mejor Escuela de Artes y Oficios, y el Sr. Sanllehí pronunció un elocuente discurso enaltecíendo la labor del Ateneo y felicitando á la Junta Directiva, á los profesores, á los alumnos, á todos cuantos contribuyen á esa obra de cultura y especialmente al veterano ateneísta Sr. Noet, presidente honorario del Ateneo y uno de sus más decididos protectores.

La exposición se componía de una sección de dibujos artísticos, mosaico y escultura, otra industrial, otra de caricatura y dibujos especiales y otra de dibujo lineal; en todas ellas se admiraban trabajos notabilísimos de los alumnos del Ateneo.

La solemne sesión de clausura de la exposición se efectuó el día 6 de los corrientes, y en ella, después de un discurso del Sr. Campos ocupándose del éxito de aquélla y elogiando á los expositores y á todas las personas y entidades que han contribuído á la misma, procedióse al reparto de premios, que fueron: 17 de primera clase, consistentes en un diploma y en libretas de la Caja de Pensiones de 50 y 40 pesetas; 20 de segunda, con diploma y libretas de 25 y 20 pesetas, y 50 de 10 pesetas.



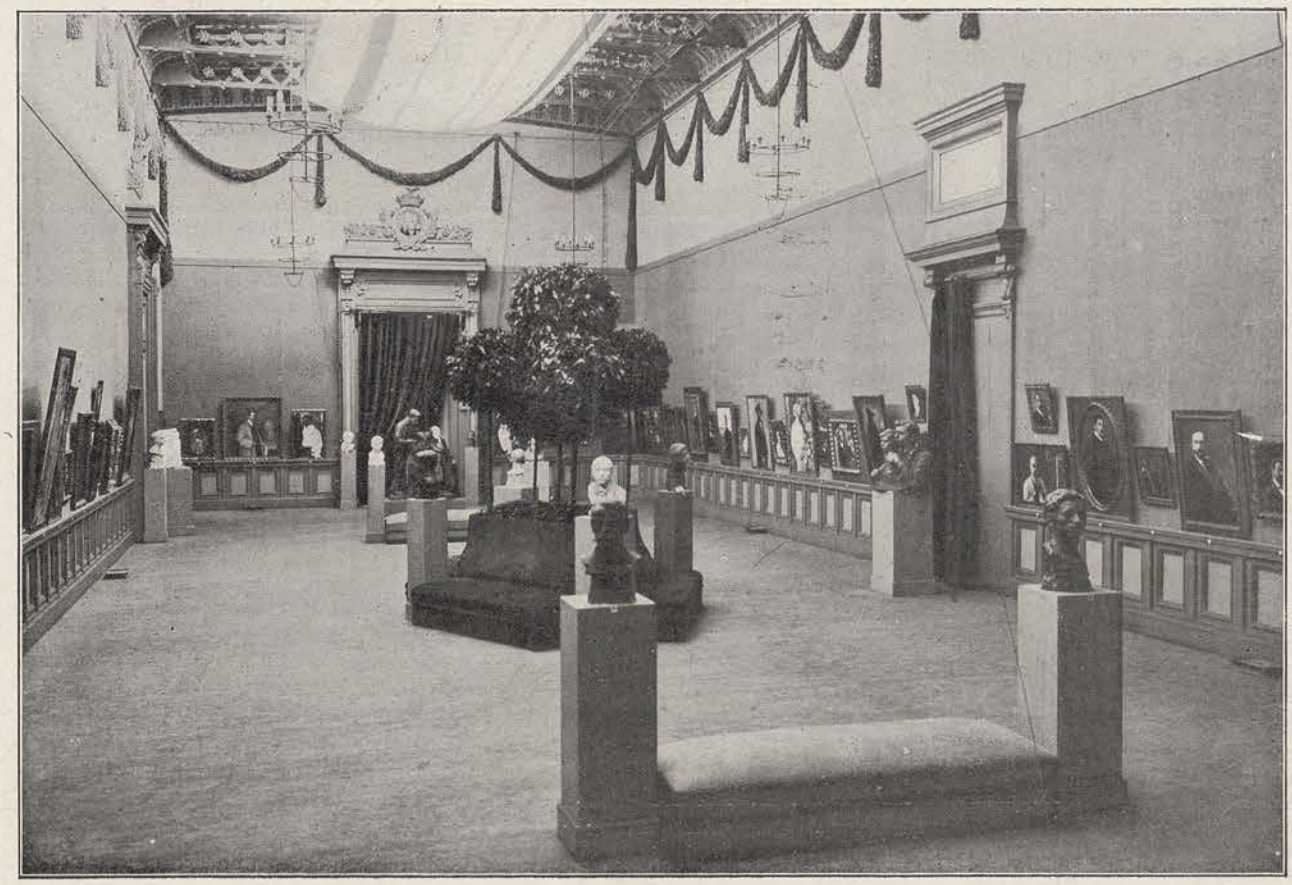
Exposición artístico-industrial
organizada por el Ateneo Obrero de Barcelona para conmemorar el 25.° aniversario de su fundación. – Vista de una de las salas

EXPOSICIÓN DE AUTO RETRATOS

Digno de alabanza es el propósito que ha perseguido el Círculo Artístico de esta ciudad, organizando la exhibición de auto-retratos recientemente inaugurada en el Palacio de Bellas Artes. Y es tan plausible la finalidad del certamen como lamentable que á él no hayan acudido artistas meritísimos, que podían exponer obras de indiscutible importancia, coadyuvando á la realización de una iniciativa tan merecedora de aplauso. Esto no obstante, justo es consignar que es considerable el número de las obras expuestas y que algunas de ellas merecen cumplidos elogios, correspondiendo al buen nombre alcanzado por sus autores.

En tal caso hállase el retrato, ya conocido, pero de excelentes condiciones, de Ramón Casas; el de Moreno Carbonero, magistralmente pintado; resultando verdaderamente recomendables los del conde de Aguiar, Matilla, Menéndez Pidal, Benedito, á los que siguen los de Luis Masriera, Gili Roig, Borrás Abella, Soldevila Baixas, Larraga, Cornet, Opisso, Guardiola, Robert, Sotomayor, Torrescasana, etc., y los pintados por los hermanos Oslé.

Bien hayan los organizadores de la exposición, deseando que continúen desarrollando iniciativas provechosas para bien del arte y de los artistas que las secunden.



Exposición de auto-retratos de artistas españoles en el Salón Reina Regente del Palacio de Bellas Artes organizada por el Círculo Artístico de Barcelona

LONDRES

EL PLEITO PORTLAND DRUCE

En el número 1.352 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA explicamos minuciosamente la historia de ese asunto, que más que sucesión de hechos reales parece una novela folletinesca. Y por si algo faltaba para acabar de darle este carácter, hace pocos días efectuóse en el cementerio de Highgate una ceremonia que pudiera considerarse como capítulo final del folletín, con el título de «La declaración del muerto.» Porque si bien el muerto, como es de suponer, no habló, bastó la exhumación de su cadáver para derribar todo el edificio laboriosamente levantado por los que quisieron disputar al actual duque de Portland la cuantiosa herencia de que disfruta.

Sabido es que las pretensiones de Jorge Hollamby Druce se basaban principalmente en la afirmación de que la inhumación del supuesto Tomás Druce, *fallecido* en 1864, había sido simulada y de que el ataúd no contenía sino unas cuantas planchas de plomo; y esto se explicaba diciendo que con ello había querido el duque de Portland hacer desaparecer su personalidad como tal Druce.

Parecía sumamente fácil comprobar esa afirmación; bastaba para ello abrir la tumba en que Tomás Druce fué ó se decía que fué enterrado; pero el hijo del tal Tomás Druce, Herberto, que siempre afirmó que su padre nada tenía que ver con el duque de Portland, se oponía á ello, y como la ley inglesa no permite que en estos asuntos se pase por encima de la voluntad del interesado, de aquí que lo que en otro caso habría sido cosa facilísima, resultase obra imposible. Esta misma resistencia de Herberto hacía que muchos creyesen en la verdad de lo afirmado por Jorge, pensando que la negativa de aquél obedecía á ciertos tratos con el actual duque de Portland, interesado en que no se descubriese el misterio.

Por fin Herberto dió su consentimiento; pero aun entonces se necesitó, además de la autorización del ministro del Interior, la del tribunal consistorial de la diócesis de Londres. El día 27 de diciembre último reunióse éste en la catedral de San Pablo y concedió el permiso solicitado, pero con la condición de que la fúnebre ceremonia de la exhumación se efectuaría en presencia de un número limitadísimo de personas; Herberto y Jorge no habían de asistir á ella personalmente, sino por medio de representantes.

En el cementerio de Highgate se adoptaron grandes precauciones para que la exhumación se llevase á cabo lo más secretamente posible y á este efecto se levantó alrededor de la tumba una empalizada, y el día 31 de diciembre, señalado para la apertura del féretro, más de ciento cincuenta *policemen* guardaban las puertas del cementerio. La exhumación se realizó con toda solemnidad, y abierta la triple caja mortuoria, apareció en la última el cadáver de Tomás Druce en relativo buen estado de conservación.

Queda, pues, terminada la novela, y aun cuando los que salen perdiendo con el desenlace que ha tenido se proponen llevar sus reclamaciones por otros derroteros, la verdad es que ese epílogo que se ofrece al público ya no inspira interés á ninguno de los que hasta ahora han seguido el curso del asunto Portland-Druce.—S.

Londres.—El pleito Portland-Druce.—Preparativos para la exhumación del cadáver de T. C. Druce. Construcción de una empalizada alrededor de la tumba en donde están depositados los restos de éste en el cementerio de Highgate. (De fotografía del World's Graphic Press.)

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & Cía, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta
la entrega de 16 págs.
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los señores Montaner y Simón, Barcelona

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el *SELLO* del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubg St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Affecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
FUMIGATION
MARCA DE FABRICA REGISTRADA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

PECHO IDEAL
Desarrollo - Belleza - Dureza de los PECHOS en dos meses con las Píldoras Orientales, únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. J. RATIÉ, farmacéutico, 5, Passage Verdeau, PARIS. Un frasco se remite por correo, enviando 7'50 pesetas en libranzas ó sellos á Cebrián y C.ª, Puertaferrisa, 18, Barcelona. De venta en Madrid: Farmacia Gayoso, Arenal, 2. En Barcelona: Farmacia Moderna, Hospital, 2.

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA CLOROSIS
VINO
AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

San Gervasio (Barcelona).—Inauguración del asilo para niños, «Casal d' Infants.»

Las autoridades visitando el establecimiento después del acto inaugural. - Comida de los niños. (De fotografías de A. Merletti.)

El día 30 de diciembre último celebróse en el convento de las Mercenarias de San Gervasio la inauguración solemne de este nuevo asilo, fundado por la Junta de beneficencia de la parroquia de la Bonanova. Al acto, que fué presidido por Su Emma. el Cardenal Casañas, asistieron: el alcalde Sr. Sanllehí, el gobernador civil Sr. Ossorio, el diputado provincial D. Ramón Albó, el teniente de alcalde Sr. Puig y Alfonso y otras distinguidas personalidades.

Después de un elocuente discurso del presidente de la Junta y párroco de la Bonanova Dr. Estebanell, explicando la finalidad del nuevo asilo, que es suplir las deficiencias del jornal de los obreros que no les permite educar debidamente á sus hijos, la comitiva oficial recorrió el establecimiento, que fué bendecido por el Cardenal, y presenció la comida de los niños.

El *Casal d' Infants* está admirablemente situado y dotado de inmejorables condiciones higiénicas; los niños que permanecen en él desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la noche, reciben una educación eminentemente pedagógica, en la que los estudios y los recreos están hábilmente alternados, y además la comida y la merienda, todo costeado por la fundación, que merece los más entusiastas elogios.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

Las Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE***. **DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.**

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN